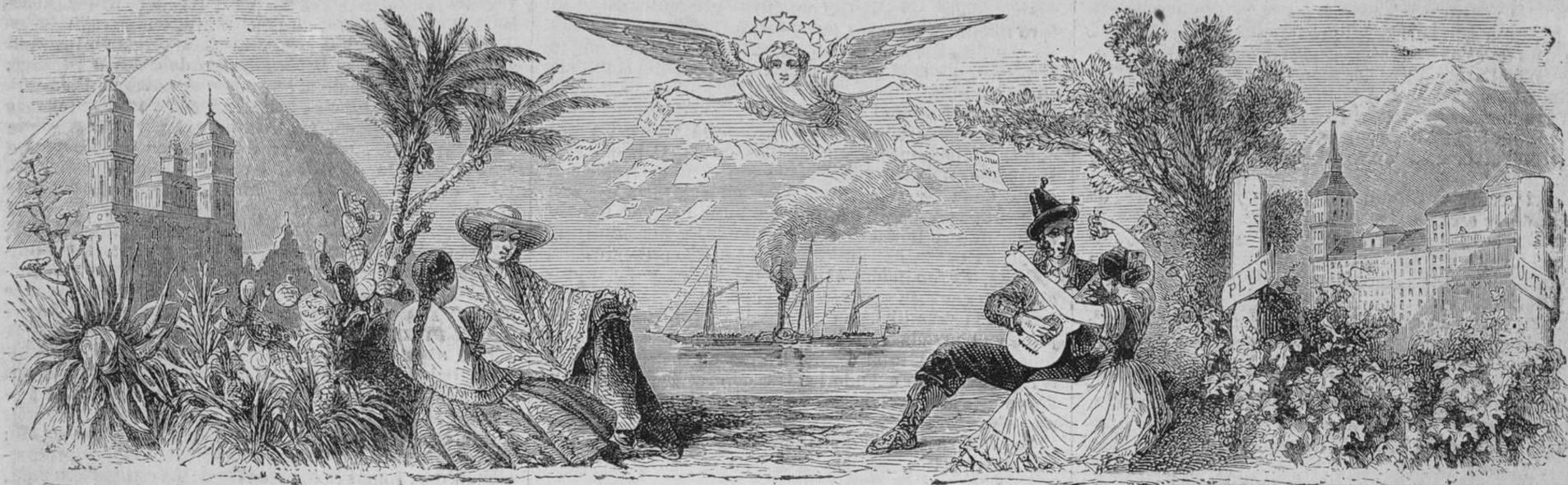


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1858. — TOMO XI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 17. — N° 266.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

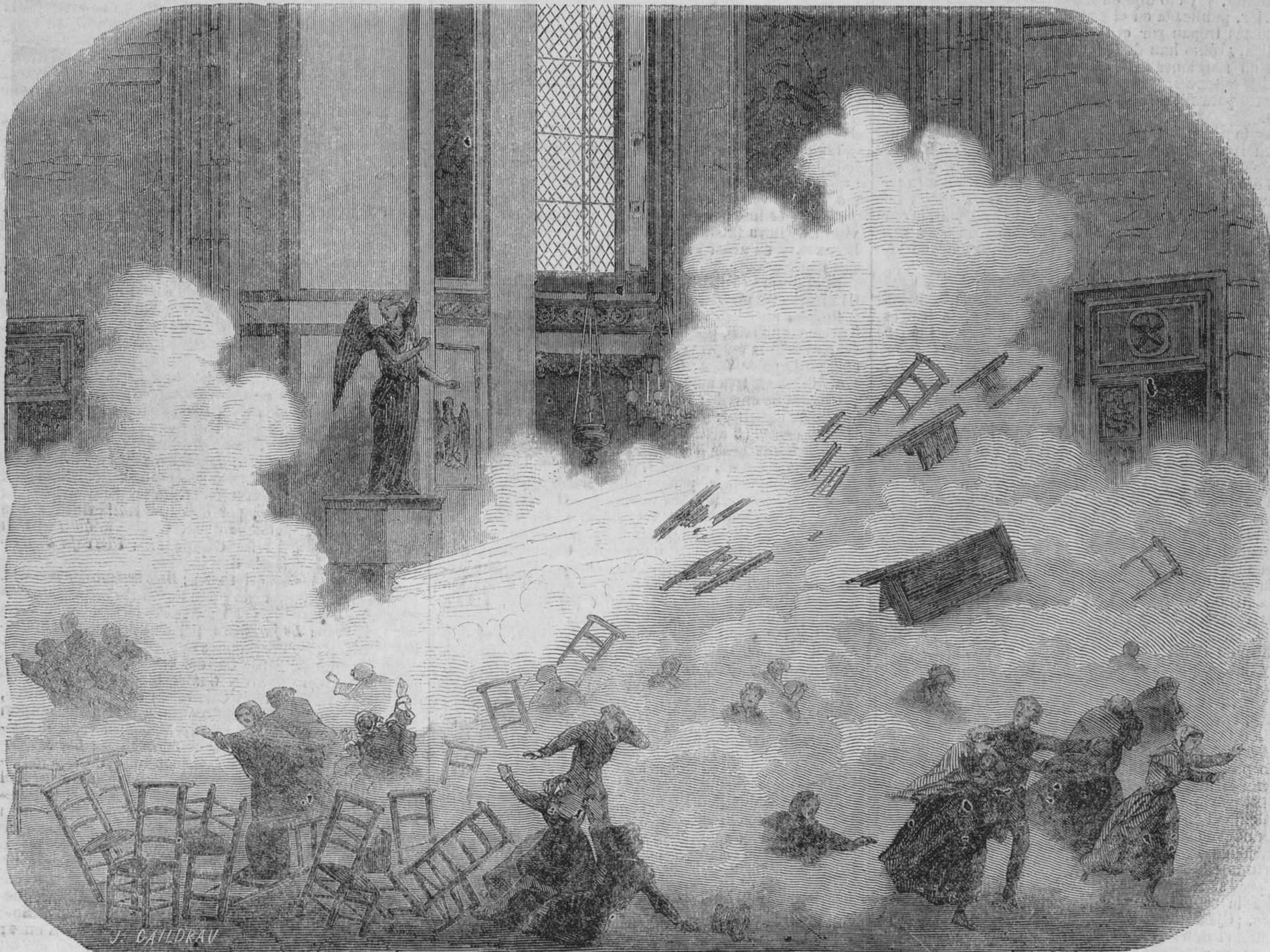
## SUMARIO.

Explosion de un calorifero en la iglesia de San Sulpicio; grabado. — Revista dramática. — Continuacion de la exportacion de la moneda de plata a la India. — Las cacerias del emperador Alejandro; grabados. — Nápoles; grabado. — Los desengaños. — Revista de Paris. — Apertura de las Cámaras prusianas; grabado. — Redencion. — La India; grabados. — El archivo de Simancas. — Revista de la moda. — El general Havelock; grabado. — Los patos silvestres en las orillas del Rhin; grabado.

## Explosion de un calorifero en la iglesia de San Sulpicio en Paris.

Un suceso de los mas deplorables ocurrió el 8 de enero en la iglesia de San Sulpicio. Entre las diez y media y las once de la mañana, acababa un sacerdote de celebrar la misa en presencia de una asistencia bastante numerosa en la capilla de la Virgen, situada detrás del altar mayor de esta iglesia, cuando de repente se oyó una

detonacion terrible. En el mismo instante dos lados del pedestal de hierro colado sobre el cual se veia un ángel a la entrada de la capilla de la izquierda, volaron en pedazos. Ocho personas á quienes alcanzaron los fragmentos de hierro cayeron por el suelo inundado por la sangre que se escapaba en abundancia de sus heridas. El pulpito que estaba cerca del pedestal quedó casi pulverizado. Otras varias personas recibieron heridas mas ó menos graves, y durante algunos momen-



Explosion de un calorifero ocurrida en la iglesia de San Sulpicio, en Paris, el 8 de enero de 1858.

los reinó la mayor confusion en la iglesia. — Era uno de los tubos del calorifero que atravesaba el pedestal de la izquierda que saltó con la mayor violencia, causando los destrozos mencionados; además se hizo añicos el pié del ángel que estaba en frente del otro de la capilla, así como una losa de mármol.

Pasado el primer momento de terror las personas que no fueron heridas se unieron á los eclesiásticos para levantar las víctimas y llevarlas á la sacristía, donde varios médicos del barrio les prodigaron los socorros del arte. Dos de ellas quedaron muertas en el acto, y otra sucumbió alunas horas despues. Las cinco personas restantes recobraron poco á poco el uso de sus sentidos; pero sus heridas son tan graves que se hallan en el mayor peligro. Siete ú ocho personas mas, heridas tambien, pudieron volver á sus domicilios sin que se tema por su vida.

Al primer aviso de tan triste suceso el comisario de policía de la seccion del Luxemburgo M. Monvalle, se trasladó á la iglesia y comenzó una informacion judicial; el alcalde del barrio acudió tambien, y no se retiraron sino despues de efectuado el transporte de los muertos y heridos.

La iglesia quedó cerrada al punto para evitar la confusion de gente, y despues se recogieron los restos y se lavó el pavimento de la capilla de la Virgen, enrojecido por la sangre de las víctimas.

En todo Paris se ha deplorado mucho esta desgracia. Al otro día cada cosa estaba ya en su lugar, y no quedaba de la catástrofe mas que los muertos y los heridos.

### Revista dramática.

#### LOS TEATROS DE MADRID EN EL AÑO DE 1857.

Que en Madrid hay extraordinaria afición á los teatros es una verdad que no necesita demostrarse; basta para conocerla llegarse al despacho de billetes de cualquiera, si no todas las noches, la mayor parte de ellas á lo menos. Pero desgraciadamente para la literatura, cuanto mayor es el ansia del público por llenar las butacas y las galerías de un coliseo, tanto mas profundo es el sueño en que yace la empresa. Está ya visto desde que el mundo es mundo que las nueve musas pueden reducirse á una sola: el hambre. Quien encuentra sobre la tierra un monton de onzas, ¿para qué necesita abrir pozos en busca de filones?

Además, y ya lo dije en la *Revista dramática* del año anterior, publicada en el periódico LA ESPAÑA, cuando los poetas trepan por el Parnaso de la administración pública, ¿cómo han de tener tiempo para expresar sus ideas en renglones desiguales? ¿Perezosos! Los literatos, dije entonces, y repito ahora, debían estar siempre cesantes para bien de la literatura, aunque no para el suyo.

Hay tambien, además de estas causas, otras no menos fuertes para que el año no cuente la abundancia de títulos de comedias que otros anteriores. Autor que en 1854 dió á la escena 32 obras, y 23 en 1855, en este no ha dado ninguna; y el teatro de Variedades que si no era abundante en producciones de primer orden, lo era por lo menos en estrenos, se ha pasado la segunda mitad de 1857 ocupado solamente por la oscuridad, el silencio y los ratones.

Pobre, muy pobre resulta, pues, la estadística dramática del año que hemos venido atravesando, como ahora se dice: 114 novedades, repartidas en 8 teatros pusieron en las tablas durante el de 1854: — 156 y 9 coliseos abiertos vió el público en 1855; — 98 estrenos tuvieron lugar en 7 escenarios, mientras vivió el 1856; y solamente 74 hemos presenciado en los 8 templos de Talfá y Melpómene, que pretendieron amenizar las noches de 1857.

Diversos dramas recuerdo que hayan obtenido un éxito lisonjero, agolpando la gente á las contadurías para lograr billetes *con prima*; pero no han sido por lo comun originales, ni el interés que excitaban era debido á su mérito, sino á lo extravagante del asunto, y algunas veces á la belleza de las decoraciones que los adornaban, y al lujo con que se ponian en escena. Por eso nada importa el número de tan efímeros triunfos.

Un suceso de importancia tengo el placer de recordar en la segunda temporada: la venida de la célebre Adelaide Ristori, marquesa Capránica Ol-Grillo. Las veintidos representaciones que dió en el teatro de la Zarzuela, excitando un verdadero entusiasmo que casi rayaba en delirio, formaron época, como suele decirse, y llenaron las arcas de la empresa, dejando en Madrid el recuerdo indeleble de un nuevo y excelente estilo para enseñanza y emulacion de nuestros actores. *Medea*, *Camilla*, *Mirra*, *Pia de Tolomei* y *Giuditha* se borrarán difícilmente de la imaginacion de los madrileños.

La compañía francesa, escasa de espectadores, que en vano procuraba atraer con agradables novedades, murió con el mes de enero. Pero émula de la virtud del Fénix, volvió á nacer mas lozana y robusta en nuevo domicilio al cumplir el aniversario de su fallecimiento.

Un nuevo teatro ha abierto sus puertas en este año. Situado en la plazuela de la Cebada, lugar no muy oportuno para esta clase de diversiones, lleva el nombre poco significativo de *Novedades*, y ha dado albergue á la compañía dirigida por los señores Valero y Calvo. ¡Ojalá que aquella empresa, así como ha tenido excelentes deseos, hubiera tenido tambien algo mejor gusto para adornar la sala y hubiese hecho mas cómodos los asientos!

Repartidos entre varios coliseos los actores que mas aplausos merecen, ocioso es decir que la literatura se resintió no pocas veces de esta separacion, flaqueando en ocasiones el personal de las compañías. La señora Lamadrid y los señores Arjona y Romea en el Circo, la señora Palma y los señores Ossorio y Pizarroso en el Príncipe, y en *Novedades* el señor Calvo y el señor Valero, nos hicieron ver algunas obras dramáticas con sus personajes principales notablemente caracterizados; pero mientras no estén juntos en un mismo local todos los maestros del arte de la declamacion, que hoy andan dispersos, nos será imposible ver una comedia completa en su conjunto.

Sin contar pues el TEATRO REAL, donde con entusiasmo se aplaudieron los gorgoritos de la Penco y Franchini, dignamente acompañados de la Ortolani, las Marchisio, Galvani y VialeTTY; sin contar tampoco el de LA CRUZ nuevamente abierto en estas Pascuas con comedias viejas, otro pequeñuelo en la calle de Jesus y María, que se llama de San Fernando, y una multitud de nacimientos, han funcionado en el año presente ocho coliseos, estrenándose 44 obras originales y 30 traducidas. Menor este número que el de los años anteriores, nos queda sin embargo el consuelo de contentarnos como en el pasado con la consideracion de ser mucho menor la cifra total de las traducciones que la de las originales: aun cuando los traductores han perseguido en este año mas de cerca á los ingenios actuales, que en 1856.

Veamos ya pues la distribucion de las 74 producciones en los ocho coliseos.

	ORIGINALES.	TRADUCCIONES.	TOTAL.
Circo. . . . .	12	17	29
Novedades. . . . .	5	2	7
Príncipe. . . . .	8	6	14
Zarzuela. . . . .	6	5	11
Lope de Vega. . . . .	4	»	4
Tirso de Molina. . . . .	2	»	2
Circo de Paul. . . . .	1	»	1
Variedades. . . . .	6	»	6
	44	30	74

Sin perjuicio de hacer mas adelante la oportuna aclaracion, comprendo ahora en los estrenos del Circo las zarzuelas representadas en aquel local por el verano, en cuya época le ocupaba una compañía lírica española.

No incluyo en el anterior estado el nuevo arreglo de la *Redoma encantada*, hecho por su autor, el señor Hartzénbusch con destino al escenario del Príncipe, ni el que para la compañía de *perros inteligentes*, aplaudida en Tirso de Molina, hizo don Vicente Lalama de el *Perro de Montargis*.

Séame ahora permitido clasificar estas obras, haciéndolo tal cual ligera indicacion sobre alguna de ellas.

Tragedia: No he visto ninguna en español; sin embargo creo justo contar entre las novedades del año, la que estrenó la señora Ristori con el nombre de *Giuditha*, porque en Madrid se representó por primera vez; y si bien es inferior en mérito al drama del señor Cervino que lleva igual nombre, sin embargo abunda en bellezas, y su autor el señor Giacometti fué aplaudido con justicia.

Ni el drama simbólico, ni el histórico han tenido cultivadores este año.

Dramas anecdóticos. — 3 originales: *Juan Diente* en 5 actos y en verso, por don Enrique Scribe, con el cual se inauguró la empresa filantrópica-dramática (establecida en Lope de Vega; *Graza lema* y el *Patriarca del Turia*, ambos en tres actos y en verso, del señor Eguilaz.

Dramas de enredo: 10. — 7 originales y 3 traducidos. — Son de aquellos: *La expiación de un delito*, ó *El machete vioriano* (3 actos y en verso) de don Liberto Berzosa. — *Herencia de lágrimas*, por don Enrique Scribe; *El amor y el interés*, de don Luis Mariano de Larra; *Vicinita de la calumnia*, por don José María Ituici; *El embozado de Córdoba*, por don Eugenio de Olavarría. — *Los hijos de la noche* de autor incógnito; — *La dicha en el bien ajeno* por don Enrique Scribe. Traducciones: *Libertinaje y pasión*, arreglo del señor Camprdon; *Andrés el grabador*, vertido el castellano por don José María García; *Las huérfanas de la caridad*, obra de los señores Denney y Bresil, nada moral por cierto, puesta en nuestro idioma por don Isidoro Gil.

Dramas de costumbres modernas: *La duda*, por don José María Larrea; *Ricos y pobres de Madrid*, ó *Escenas del siglo de las luces*, de don Juan de Alba, *El hijo prodigo*, primera produccion dramática de don Pedro Antonio de Alarcon, ya ventajosamente conocido por sus artículos de crítica; *La planta exótica*, cuyo asunto es muy semejante al de *Susana*, de Dumas hijo, por don Mariano de Larra. Resultan, pues, cuatro originales. — Las traducciones son siete: *Una mujer de historia*, version de un drama de Girardin hecha por don Manuel Ortiz de Pinedo; *Susana*, de Dumas hijo, arreglo de don José María García; *Dos artistas*, por don Angel Izardi; *Los tres banqueros* (de cuya obra ya se habia representado otra traducción en Variedades con el nombre de *Honra por honra*), por don José María Díaz; *Bienes mal adquiridos* y *El dinero y la opinion*, arregladas ambas del drama de Augier *Ceinture dorée*, aquel por don Angel Izardi, y este por don Cayetano Rosell; *Madrid por dentro*, traducción de don Luis Rivera, á la cual sirvió el público de censor, prohibiendo la segunda representacion, como aquel funcionario no debía haber permi-

tido la representacion de la primera. — Total de originales y traducciones, 11.

No han faltado dramas de espectáculo, destinados á llamar gente con decoraciones vistosas y brillante aparato. Cuéntanse en esta seccion: *El camino de presidio*, de asunto no poco repugnante, traducción de don Manuel Ortiz de Pinedo; *El Payaso*, drama de mala índole y escaso mérito, en que malgasta sus fuerzas el señor Valero (vertido al castellano por don Isidoro Gil); *Los Caballeros de la Estrella*, de Bouchardy, cuyo traductor es don Juan Ruiz del Cerro, y cuyas escenas no llegaron á verse dos noches; *Dalila*, drama de Octavio Feuillet, tomado casi al pié de la letra de una novelita dialogada del mismo, y traducido por persona cuyo nombre no se dijo. — Salen, pues, cuatro traducciones; y dos originales nada mas, que son: *La venganza del Templo* y *Muerte del duque de Valeignoto*, obra sin padre conocido, y *Carnioli*, del señor Díaz (don J. M.), segunda parte de la célebre *Dalila*.

La comedia moratiniana, aquella sencilla y fiel imitacion de las costumbres domésticas, sujeta escrupulosamente á las tres unidades, no ha tenido este año cultivadores; así como tampoco encuentro ninguna que pueda colocarse con seguridad en la seccion de las anecdóticas ni en de capa y espada.

Han abundado en cambio las comedias de costumbres. Dejando para despues las que solo constan de un acto, registremos las otras. Cuéntanse diez, nacidas orillas del Manzanares todas ellas por fortuna. Pertenecen á esta clase: *El árbol torcido*, por don Antonio Hurtado; *Quien mas mira menos ve*, caprichosa y alegre produccion de don Tomás Rodríguez Rubí; *La escala de la vida*, por el mismo; *Libertad en la cadena*, primer ensayo dramático de don José Marco; *El paraíso perdido*, linda produccion de don Enrique de Cisneros; *Mocedades*, digna hermana de las demás del señor Breton de los Herreros, con graciosos diálogos y amena versificacion; *Un hombre importante*, regocijada burleta destinada á probar cómo llegan muchas veces á formarse las eminencias y capacidades, de don Narciso Serra; *Sin prueba plena*, del mismo señor; *Una herencia completa*, primera obra dada á la escena por el señor Alonso y Eguilaz; *Poderoso caballero es Don Dinero*, imitacion hecha por don Angel María Dacarrete, y amenizada con oportunos chistes, de la que con el título de *Money*, dió Eduardo Lytton Bulwer en 1840 al teatro de *Hay Market*.

Proverbio no encuentro ninguno; y no es gran cosa por cierto lo que pierde en ello la literatura.

Tampoco veo ni un solo ejemplar de comedia política; y ojalá que en los años sucesivos, ni á nosotros ni á nuestros hijos y aun á nuestros nietos, se presente la mas ligera muestra de este género.

Comedias de magia. Esta es comida cara para las empresas; así que solo una nueva vemos comunmente cada temporada. En el año actual ha ocupado este puesto el arreglo de *La Redoma encantada*, hecho por su autor don Juan Eugenio Hartzénbusch.

Comedias de figuron; *Gaspar, Melchor y Baltasar o el ahijado de todo el mundo*, traducción del original de Emilio Souvestre por los señores Cisneros y Dacarrete.

Comedias de enredo: *La paloma y los halcones*, por don Luis Mariano de Larra, original; *Batalla de reinas*, de Leon Gozlan, sin nombre de traductor; *La ninfa Iris*, arreglo de don José María García; y *Este cuarto se alquila*, por los señores Cogniard y Letoux, cuyo traductor no se anunció en los carteles. Total 4.

Comedias en un acto. Suben á 15; de ellas 10 originales, que son: *Las precauciones ó el matrimonio masculino*, por don Eduardo Hernandez Soldevilla; *El fin del mundo en 43 de junio*, por el mismo señor Soldevilla; *Mosquita muerta*, del señor Scribe; *Escenas del dos de mayo*, cuadro histórico de costumbres populares por don Luis Rivera; *Concha!* propósito lírico bailable de don Pedro Sobrado; *La astucia rompe cervojos*, de don Juan de Alba; *Un pollo de lugar*, por don Rafael del Castillo; *El mejor amigo un duro*; *Las garras del diablo*; y *Aquí paz y despues gloria*; todas tres sin nombre de autor. Traducidas del francés: *Ladron y verdugo*, arreglo de *Un Ami achurné*, sembrado de oportunos chistes por el regocijado escritor don Rafael García y Santisteban; *La mujer de dos maridos*, por don José María Gutierrez de Alba; *Como dos gotas de agua*, version anónima; *Una rásaga*, arreglo del señor Camprdon; *Una caja de dulces*, por don José María García.

Zarzuelas 14, siete originales: *Diez minutos de reinado*, de don Miguel Pastorido y don Florencio Lahoz; *Cuando ahorcaron á Quevedo*, por los señores Eguilaz y Fernandez Caballero; *La jardinera*, por don Francisco Camprdon y don Manuel Fernandez Caballero, cuyas representaciones se prohibieron de real orden; *El lancero*, por los señores Camprdon y Gaztambide; *Juan Lanas*, de los señores Camprdon y Caballero; *Encogido y estirado*, obra póstuma de don Agustín Azcona con música de don Joaquín Espín y Guillen; *La corte de Monaco*, de los señores Navarrete y Saldoni. — Traducidas: *Los Magiures*, por los señores Olona y Gaztambide; *El hijo del regimiento*, por don Victoriano Tamayo y don Cristóbal Oudrid; *Un sobrino*, por los señores Fernandez de Pinedo y Robles; *La colegiala*, de don Juan Molberg y don Alejandro Rinchan; *El relámpago*, arreglo del vaudeville *L'clair*, ya visto en nuestra escena bajo el nombre de *El fuego del cielo*, por los señores Camprdon y Barbieri; *La roca negra*, por don Mariano Pina, don José Inzenga y don Mariano Vazquez; y *Fra-Diavolo*, de Scribe, traducida por don Jerónimo Moran, con música de don Martín Sanchez Allú. — Total de autores dramáticos once; de líricos doce. De las zarzuelas expresadas ocho son en dos, tres y cuatro actos, y seis en uno solo. — Resultan

pues 40 autores, 11 de los cuales pareceme que han dado por primera vez al teatro sus producciones. Distribuyense las de todos en esta forma: Alba (don Juan de) 2; Alarcon (don Pedro) 1; Alotiso y Eguilaz 1; Azcona 1; Berzosa 1; Breton 1; Camprodon 6; Cisneros (D. E.) 2; Castillo (don Rafael) 1; Dacarrete 2; Diaz (D. J. M.) 2; Eguilaz 3; Garcia (don José Maria) 4; Garcia Santisteban 1; Giacometti 1; Gil (don Isidoro) 2; Gutierrez de Alba 1; Hernandez Soldevilla 2; Huici 1; Hurtado 1; Izardi 2; Larra 3; Larrea 1; Marco 1; Moran 1; Navarrete 1; Olavarria 1; Olona 1; Ortiz de Pinedo 3; Pastorfidó 1; Pina 1; Rosell 1; Rinchan 1; Rivera 1; Ruiz del Cerro 1; Rubi 2; Serra 2; Sriche 4; Sobrado 1; Tamayo (don Victorino) 1; de dos ingenios 1; y de autores anónimos 16 originales y 2 traducciones. Y ya que antes hablé del entusiasmo inspirado por la señora Ristori, justo es indicar ahora que ha trabajado ante el pueblo de Madrid 22 noches, poniendo en escena trece tragedias en la forma siguiente: *Medea* (de Legouvé) 3 veces; *Giuditha* (de Giacometti) 3; *Maria Stuarda* (de Schiller) 2; *Camma* (de Montanelli) 2; *La Locandiera* (de Goldoni) 2; *Adriana Lecouvreur* (de Scribe) 2; *Pia de Tolomei* (de Marengo) 2; *Mirra* (de Alfieri) 1; *Rosmunda* (del mismo) 1; *Favio* (de Mitman) 1; *Macbeth* (de Shakspeare) 1; *Francesca da Rimini* (de Silvio Pellico) 1; *Fedra* (de Racine) 1. — Además desempeñó dos veces á las mil maravillas la pieza *I gelosi fortunati* (del conde Giraud); otras dos *La Colérica*, y una el juguete *Cio che piace alla prima attrice*; ejecutándose tambien por la misma compañía, aunque sin tomar parte la famosa trágica, las piecitas tituladas: *I quanti gialli*; *il mentitori veridico*; *il pusilanime*; y el monólogo *Un dente all' epoca di Luigi XV*, dicho graciosamente por el señor Bellotti-Bon.

La crítica dramática no ha ofrecido este año ninguna variación notable, siguiendo en manos de los mismos literatos que los anteriores, con la única mudanza de haber dejado algunos el seudónimo con que se adornaban, por efecto de la nueva ley de imprenta.

Alguna que otra ocasion ha tenido para lucirse la pintura escenográfica: *La Redoma encantada*, *Los Magiares*, *El Payaso* y otras dos ó tres obras ya conocidas, hechas en Novedades, proporcionaron medios de lucir su habilidad y su talento á los señores Lucini, Muriel y Brabo. La empresa del teatro Real, por alentar á los artistas españoles, trajo un pintor italiano para las decoraciones del *Corsario*; y en honor de la verdad el señor Ferri demostró en sus lienzos notable maestría, la cual no basta sin embargo para disculpar al empresario de haber buscado fuera lo que ya tenia dentro de casa.

El baile español sigue logrando aplausos en la mayor parte de los teatros. Distínguese no obstante entre todas las compañías la que dirigen el señor Ruiz y sus graciosas hijas.

Antes de acabar séame lícito consagrar un recuerdo á la memoria de dos literatos y un actor cómico arrebatados por la muerte en el año que acaba de expirar. Don Antonio de Guzman, el mas concienzudo y regocijado de nuestros graciosos, dejó de existir el 3 de enero á los 71 años de edad, cuando aun era la gloria y la alegría de nuestra escena, que llorará por mucho tiempo irreparable su pérdida. La del decano de nuestros literatos don Manuel José Quintana, conocido en toda Europa por sus vigorosos é inspirados versos y por su galaña prosa despues de haber logrado en los 83 años de su existencia mayores premios que ningún poeta español, es otra que tampoco puede repararse; ni la de don Francisco Cea, jóven de las mas lisonjeras esperanzas como lírico y como dramático, arrancado á la vida en la temprana edad de 32 años.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

**Continuación de la exportación de moneda de plata a la India.**

Durante un período de diez y ocho meses, el valor del dinero se ha mantenido á una altura desusada, variando del 5 y 1/2 al 10 por ciento. Dejando á un lado la extraordinaria escasez que hemos presenciado en los dos meses que acaban de trascurrir, que es preciso considerar como una cosa enteramente excepcional y transitoria, quizá convenga fijar la atención en las mas recientes fases de un movimiento que ha contribuido de una manera poderosa á mantener los altos precios del descuento: aludimos á esa exportación de plata á Oriente que aumenta de año en año de una manera asombrosa.

De las tablas anuales preparadas por M. James Low tomamos los siguientes datos que demuestran la cantidad total de oro y plata exportada directamente de Inglaterra mensualmente, en todo el año 1837, por los vapores de la Compañía Peninsular y Oriental.

	ORO.	PLATA.	TOTAL.
Enero. . . . .	9,973	787,550	797,523 libras.
Febrero. . . . .	23,163	1,623,280	1,646,443
Marzo. . . . .	19,486	1,560,161	1,579,647
Abril. . . . .	10,623	1,308,832	1,319,455
Mayo. . . . .	4,588	1,297,634	1,302,222
Junio. . . . .	7,459	1,896,772	1,904,231
Julio. . . . .	4,854	1,293,177	1,298,031
Agosto. . . . .	21,727	2,086,250	2,107,977
Septiembre. . . . .	22,209	1,341,175	1,363,384
Octubre. . . . .	86,411	1,300,714	1,387,125
Noviembre. . . . .	18,038	1,260,397	1,278,435
Diciembre. . . . .	29,744	737,169	766,913
Total. . . . .	260,277	16,795,132	16,164,467 libras.

La siguiente tabla manifiesta el destino de estas enormes sumas exportadas en el año 1837:

PUNTOS.	ORO.	PLATA.
Alejandro. . . . .	2,280	» libras.
Aden. . . . .	2,167	3,330
Mauricio (isla). . . . .	5,769	»
Ceilan. . . . .	76,496	1,136
Bombay. . . . .	30,565	5,689,015
Madrás. . . . .	97,988	403,646
Calcuta. . . . .	36,040	5,689,015
Penang. . . . .	»	70,457
Singapore. . . . .	16,520	875,583
Hong-Kong. . . . .	9,0	2,048,795
Canton. . . . .	»	26,392
Shanghai. . . . .	»	2,398,728
	268,775	17,206,297

La exportación total de numerario de la Gran Bretaña á los puertos mencionados, en siete años, está apreciada de la manera siguiente:

	ORO.	PLATA.
1831. . . . .	102,230	4,716,100 libras.
1832. . . . .	921,739	2,663,230
1833. . . . .	880,202	4,710,665
1834. . . . .	1,174,289	3,132,003
1835. . . . .	948,272	6,409,889
1836. . . . .	404,749	12,118,985
1837. . . . .	269,275	16,795,232
Total de 7 años. . . . .	4,700,756	47,546,104

Sin embargo, debemos decir que las anteriores cifras no representan toda la exportación de especie que se hace á Oriente, puesto que en el último quinquenio han salido para aquellos países las siguientes remesas adicionales de los puertos del Mediterráneo, es decir, de Marsella, Gibraltar y Malta, pero principalmente del primer puerto.

	ORO.	PLATA.
1833. . . . .	93,528	848,362 libras.
1834. . . . .	48,466	1,431,014
1835. . . . .	243,239	1,524,240
1836. . . . .	74,039	1,989,916
1837. . . . .	259,986	3,850,689
Total de 5 años. . . . .	719,258	9,664,221

De esa manera hemos llegado á las asombrosas conclusiones siguientes:

Durante el año que ha expirado hemos exportado 16 millones y tres cuartos de libras esterlinas en plata de Southampton para el Oriente; incluyendo en esta suma las cantidades remitidas allí por la vía de Marsella, la plata absorbida por aquellos países excede de 20 millones de esterlinas. En los siete últimos años la suma exportada á Asia de las diferentes partes de Europa ascienden á 55,677,333 libras, esto sin contar para nada el oro.

La historia del comercio no presenta á buen seguro un movimiento que mas que este sea digno de estudio, ya porque su influencia sobre el mercado monetario es tan directa como importante, ya porque afecta todos los ramos del comercio. Esto destruye tambien muchas de las mas predominantes teorías respecto de la probable influencia de los grandes descubrimientos de oro, pues de los veinte millones de plata trasportados de Europa á Oriente en 1837, la mayor parte han salido de la circulación de los países que tienen un doble sistema de numerario. Puede desde luego asegurarse que la cantidad de plata absorbida este año por Asia es casi igual á la producción combinada de oro en Australia y California. Así pues, por lo que toca al año 1837 el nuevo oro extraído de las entrañas de la tierra, aunque en cantidad enorme, apenas hace mas que llenar el vacío ocasionado en la circulación de la plata de Europa para los pedidos de Asia.

A la sombra del estímulo creado por la producción del oro ha brotado un nuevo ramo de comercio y de especulación en muy vasta escala; pero en los dos últimos años el nuevo oro parece haberse esparcido insensiblemente por Europa meramente para ocupar el puesto de la plata exportada. Esto ha hecho imposible una acumulación de oro en los Bancos europeos, ha prevenido que volviese á bajar en ninguna parte el precio del descuento; y las inmensas transacciones comerciales y de especulación que se habian llevado á cabo, se han visto de esta manera, en gran parte, privadas del esperado apoyo.

Las huellas del desastroso marasmo comercial del otoño de 1837 no pueden descubrirse, por mas que se haga, en estas consideraciones. Con todo, debe observarse que la crisis que ha desaparecido al expirar el año ha reprimido de una manera considerable la exportación de plata. En el primer trimestre de 1837, la exportación de este metal hecha en el puerto de Southampton fue de 3,971,091 libras; en el segundo, de 4,703,258 libras; en el tercero, de 4,822,502 lib.; y en el cuarto, de 3,298,281 lib. De esta última suma debe deducirse un millón que figura como una remesa excepcional hecha por cuenta de la Compañía de las Indias.

Sólomente en el mes de agosto salieron de Southampton 2,086,250 libras en moneda de plata, mientras que en diciembre la suma exportada del mismo metal fué de 737,169 lib. Deduciendo, pues, el medio millón re-

mitido por el gobierno indo las remesas mercantiles, en diciembre, han sido únicamente de 237,100 lib. Esto no debe sorprender, pues en una época en que la ineficacia del acta del Banco arrastraba al país hácia el torbellino de un pánico, cuando habia una probabilidad de que la observancia de la ley pondría al comercio nacional en el borde de un precipicio, y cuando toda la comunidad, incluso el Banco de Inglaterra y todos los demás Bancos, estaban abocados á una suspensión de pagos, los momentos eran ciertamente poco oportunos para enviar plata á la India. Mas recientemente tambien, las sociedades dedicadas á estas operaciones del cambio de oro, ó han encontrado grandes dificultades en procurarse dinero, ó se han contentado con poder emplear el suyo al nueve ó diez por ciento sin necesidad de entrar en nuevas transacciones con el comercio oriental.

Ahora que los precios del descuento en el mercado han bajado virtualmente al dos por ciento, y cuando se espera que el Banco haga en el suyo una reducción al menos de dos por ciento, desaparecerá hasta cierto punto la restricción que pesaba sobre la exportación de la plata. Pero es una cuestión de grave interés el saber la extensión que volverá á tomar este movimiento. Hasta la fecha, la Compañía de las Indias no ha manifestado ninguna intención de enviar nuevas sumas de plata á Oriente, pero el gobierno ha indicado ya que el Parlamento puede ser llamado á conceder al Tesoro de la India «algunos recursos temporales.» En este caso es fácil que veamos nuevas remesas de plata hechas á la India por cuenta del Estado. Tampoco debe olvidarse que la Compañía de las Indias en la actualidad apoya libra contra la India, y que conserva el precio del descuento á una altura casi prohibitiva con la mira expresa de evitar demandas de esta naturaleza.

Esta circunstancia es la que induce á los envíos de plata que se hacen á Oriente. Además es muy posible que las noticias de la crisis que hemos atravesado aquí y de la baja que ha experimentado el valor de los productos, haga tomar á los cambios orientales un curso favorable para nosotros, como aconteció despues del pánico de 1847; pero teniendo presente las grandes remesas que deben hacerse á la India por cuenta de las sociedades de caminos de hierro, sería azaroso suponer, como algunas personas están dispuestas á hacerlo, que la plata hará un movimiento de retroceso del Oriente hácia Europa. Por nuestra parte, nos inclinamos á creer que la exportación de este metal continuará, si bien con mucha menos actividad.

**Las cacerías del emperador Alejandro.**

El emperador Alejandro II tiene mucha afición á cazar osos, la caza de los rusos y la mas noble de las que se pueden hacer en Europa, pues es tambien la mas peligrosa. Sus predecesores tenian buen cuidado de ponerse á salvo bajo una red muy larga hecha con cuerdas fuertes; pero como los demás cazadores rusos, desdénale Alejandro esta precaución tímida, y aguza el placer de la caza con el peligro y la emoción del combate. Efectivamente, aunque el oso no es un animal de ataque, si no le enfurecen las heridas, cada año muchas desgracias manifiestan los riesgos de tales cacerías. Tiene una fuerza prodigiosa y una agilidad que no parece natural en su masa. Además posee armas terribles como son sus dientes, y sobre todo sus brazos y sus garras. Cuando el oso se levanta sobre sus patas traseras y se lanza delante del enemigo, si logra estrecharle sobre su pecho es para romperle intaliblemente las costillas, y si le pasa amistosamente la mano por la cabeza le abre el cráneo como se abre una caja de tabaco.

Otra cosa hay que temer en estas cacerías, y es salir con la nariz, las orejas, las mejillas, ó los dedos de las manos y los piés helados, pues se efectúan en el corazón del invierno, cuando la tierra está cubierta con tres piés de nieve, cuando el termómetro baja á 30 grados, frío excesivo que produce los fenómenos mas singulares. A veces por la mañana se ve salir el sol entre otros dos soles mas pálidos, ó entre dos columnas de fuego que suben del horizonte hasta el zenit, y luego la noche se ilumina con fuegos fantásticos que proyectan auroras boreales. Entonces el aire corta el rostro como navajas de afeitar; los dientes tienen frío en la boca; las cejas se cubren de escarcha, los párpados se pegan; uno se queda tuerto, otro ciego, y los cazadores deben caritativamente mirarse unos á otros para advertirse los daños que les ocasiona la *gangrena blanca*. Felizmente el remedio de este mal es fácil cuando se emplea en tiempo oportuno. En cuanto la punta de la nariz, de la oreja ó del dedo se pone blanca y cadavérica, debe frotarse con nieve: *similia similibus*; por efecto de una reacción súbita vuelven al punto la sangre y la vida.

Los osos se abren grutas de anacoretas en el corazón de las selvas mas vírgenes, mas sombrías y desiertas, lejos de la habitación y del contacto de los hombres bajo troncos caídos y raíces arrancadas, y en esas guaridas se encierran en cuanto principia el invierno. Allí bien acurrucados y con el hocico sobre el vientre pasan todo el tiempo de los frios rigorosos sin menearse mas que las narinas, viviendo de su propia sustancia. El único alimento y ocupación del oso consiste en chuparse alternativamente las cuatro patas. Las hembras acaban de parir en la época en que se entierran vivas como vestales prevaricadoras, y por lo regular las encuentran en compañía de dos hijuelos que quieren con pasión y que son *bien lamidos* en su primera infancia.



A. JOURDAIN, SC.

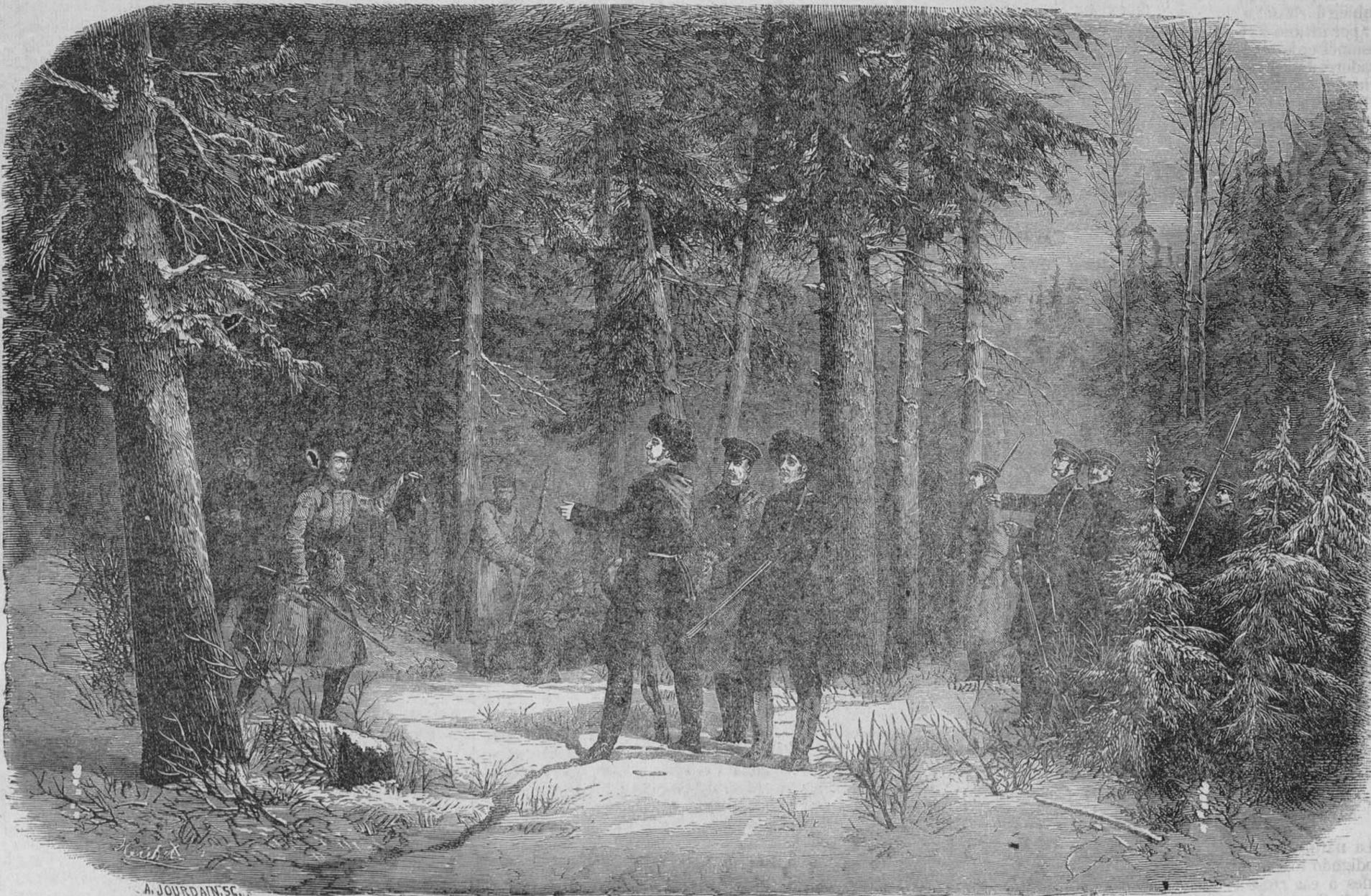
[El emperador de Rusia en la caza de osos.]

Pero hay un hecho singular, un rasgo de costumbres ignorado de los naturalistas, y es que la madre se encierra también á veces con otro oso jóven aun, de uno

á dos años, y que no es siempre de su misma raza. Los campesinos rusos le llaman el amante ó el ayo; el amante porque no puede ser el padre de los pequeñuelos; el

ayo porque á falta de la madre, si esta perece, él se encarga de cuidar á los hijuelos.

Quando los aldeanos que viven en las inmensas sel-



A. JOURDAIN, SC.

Captura de un oso pequeño vivo.

vas de la Rusia del Norte descubren una guarida, descubrimiento que se hace por las huellas del animal que parecen las de un muchacho descalzo, denuncian el oso y le venden a los cazadores de San Petersburgo, los cuales acuden a sitiarse la plaza. Entonces se marca en silencio un cerco lo mas reducido posible, donde una porcion de ojeadores guardando poca distancia entre sí, dejan solo unos claros para los tiradores.

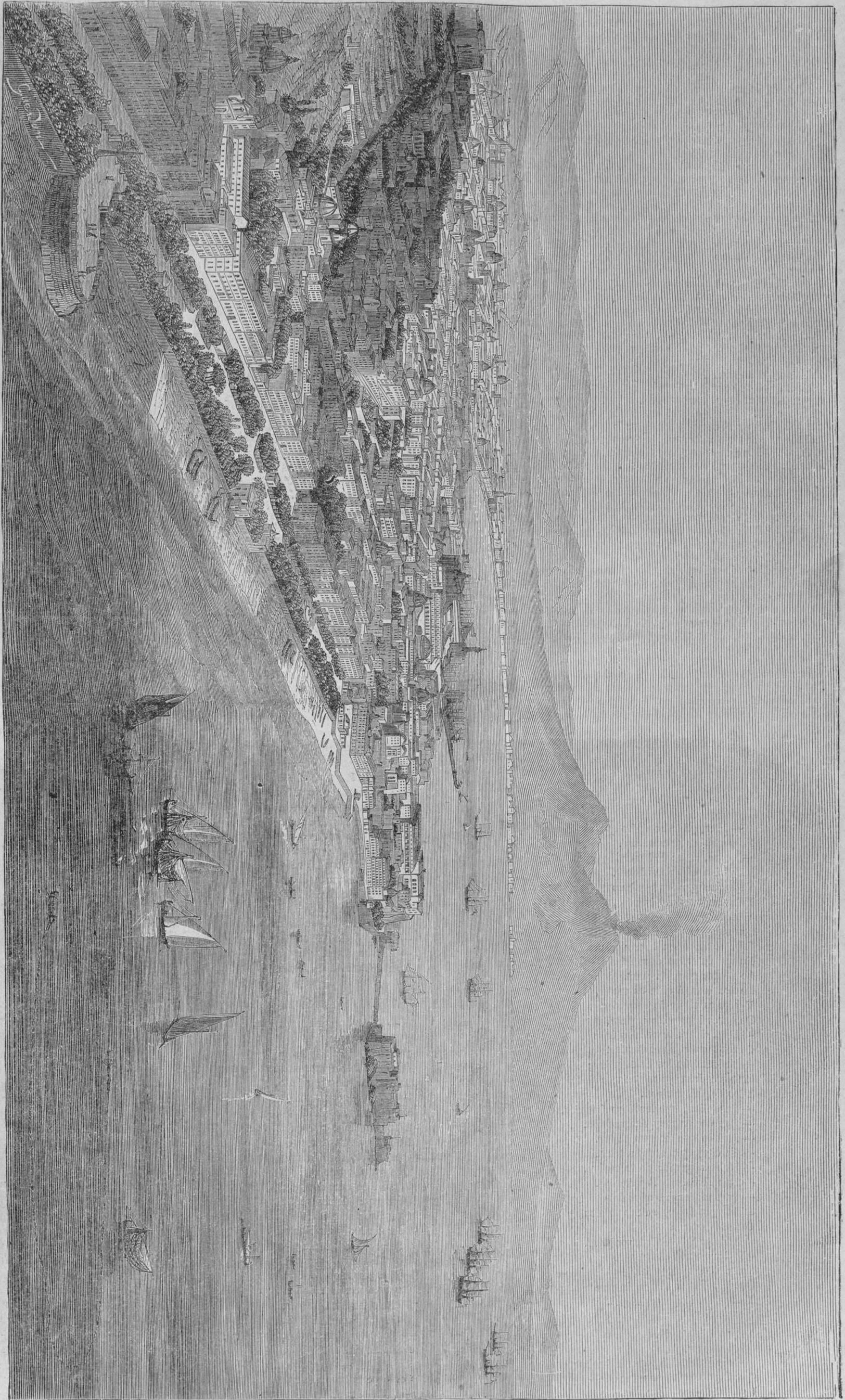
En seguida se da la señal. A los clamores estrepitosos que se elevan de repente, al ruido extraordinario que viene a turbar la paz de aquel retiro, el oso se despierta, se sacude, se saca los piés de la boca y corre á buscar una salida. Pero no siempre huye directamente; á veces se pone á dar vueltas por el cerco con mucha atención y sin atreverse á traspasar la línea. Suele suceder tambien (sobre todo cuando es una hembra con sus hijuelos) que se obstina en quedarse en su guarida respondiendo á los gritos de los ojeadores con gruñidos serdos; entonces hay que acercarse mucho, es preciso hacer disparos al aire, soltar perros que vayan contra la fiera y aun tambien darla de palos: por último hay ocasiones en que los cazadores deben atacarla de frente en su fortaleza y tirar cuando se lanza sobre ellos. En este caso el lance presenta mas dificultades y peligros.

Una de estas carcerías tan llenas de emociones se ve representada con exactitud en nuestros dibujos. En el uno la hembra acaba de ser herida por la carabina imperial, y en el otro presentan al Czar como despojo de su victoria uno de los dos hijuelos encontrados en el fondo de la guarida. Pero aquí el *ayo* falta y la difunta no deja nada que decir á los murmuradores. Rodean al emperador el príncipe de Meklemburgo, el general Meerder, el conde Lieven, el conde Baranoff y el conde Tersen, montero mayor que organiza perfectamente las carcerías imperiales.

### Nápoles.

La naturaleza ha prodigado todos sus dones á ese rincón de la Italia en que se ha fijado hoy la aten-

El golfo de Nápoles: vista tomada en Stranannova sobre las alturas del Pansilipo.



ción pública, y en vano se buscaría en toda Europa una ciudad que pueda sostener la comparación con Nápoles. Sus monumentos no son de un gusto ejemplar, su industria es poco considerable; pero su sol es espléndido, su golfo surcado de mil buques parece un vasto lago abierto para el placer de los bulliciosos habitantes de sus orillas. El paseo la *Villa reale* es una creación francesa; pero las costumbres napolitanas no han podido acomodarse á los usos del Norte, y únicamente está frecuentado por los extranjeros.

Al salir del jardín se sigue la orilla y se sube la cuesta que comienza en *Margellina* y se eleva por *Strada Nuova* sobre la colina del *Pausilipo*. Desde este punto el panorama que se presenta es asombroso; se descubre el Vesuvio con las montañas que le rodean, montañas bien pacíficas hasta el día terrible en que los sacudimientos terrestres vinieron á turbar el sueño de los habitantes haciendo tantas víctimas.

*Castello dell' oro*, centinela avanzado de un sistema de fortificaciones poco terrible, pero muy pintoresco; *Castello Nuovo*, donde se encuentra el palacio del rey, y luego *San Elmo* que domina la ciudad y amenaza á los napolitanos con sus mil cañones dirigidos sobre todos los puntos de la población; *Casino reale di Chiaramone*, una alhaja delante del palacio de la duquesa de Berri; *Pizzo-Falcone* que domina con sus casas imponentes el puerto de *Santa Lucia*, el punto mas animado de Nápoles. — He ahí un resumen de las preciosidades mas notables del panorama.

El napolitano es tan amigo de placeres que á ellos consagra su tiempo y su fortuna. La vida de familia no existe en el país; las personas ricas tienen un abrigo para descansar algunas horas por la noche, y lo demas del tiempo se pasa en carruaje, en el teatro ó en el café. Cada calle está consagrada á un santo, y todos los días hay fuegos artificiales, iluminaciones, músicas que cuestan á los habitantes sacrificios considerables.

En el fondo del golfo, á la falda del Vesuvio, corre el ferro-carril de *Castellamare*, atravesando *Portici*, *Resina*, *Torre dell' Greco*, etc., y tambien las ruinas subterráneas de *Herculano*; en *Torre dell' Annonziata* se deja la via férrea para visitar *Pompeya*, esa ciudad antigua conservada con todo su carácter.

*Vedere Napoli e poi morire*, es un proverbio que envanece á los napolitanos y casi con fundamento. — No conozco un extranjero que habiendo estado en Nápoles no desee volver, y entre todos los desterrados voluntarios los napolitanos son los mas escasos. El aire, la vida, la luz, todo lo tienen; en ninguna parte se puede hallar una existencia material mas completa. — Por supuesto prescindimos del gobierno; nada en este mundo es absolutamente bueno. A. D.

## Los desengaños.

### I.

— Juan, ya te he dicho que el tiempo  
Malgastas en predicarme.  
— Pedro, antes de hacer las cosas  
Mira bien cómo las haces.  
Te figuras que los hombres  
Y las mujeres son ángeles,  
Y tales figuraciones  
Son siempre perjudiciales.  
Vive siempre en la creencia  
De que intentan engañarte  
Lo menos noventa y nueve  
De los cien á quienes trates,  
Y este es el medio seguro  
De que ninguno te engañe.  
— Mira, Juan, te puedes ir  
Con tus consejos al diantre.  
— Ya vendrán los desengaños;  
Pero vendrán ya muy tarde  
Y los llorarás á ríos...  
— Pues bien, que los llore á mares.  
— Has de ser muy desgraciado.  
— Será lo que tase un sastre.  
— Te digo que eres un niño.  
— Sé mas que tú, no te canses.  
— Con el tiempo lo veremos.  
— Pues muchos recados dale  
Al tiempo. Anda, no me muelas  
Con sermones...

— Con verdades.

«El tiempo y el desengaño  
Son dos amigos leales,  
Que despiertan al que duerme  
Y enseñan al que no sabe.»

### II.

— Preguntaré á esos muchachos  
Que deben ser estudiantes  
De medicina tambien,  
Si han visto á ese badulaque

De Pedro. ¿Me dan ustedes  
Razon de Pedro Fernandez?  
— Sí señor, por ahí abajo  
Se fué hace pocos instantes.  
— ¿Y no dijo á dónde iba?  
— Sí, nos dijo que iba á darse  
Un paseo hácia el Canal  
Para que se le pasase  
El mal humor, porque el pobre  
Hoy está de mal talante;  
Como nos han reprobado...  
— ¿Reprobado!

— ¡Eso no le hace!

El primer año cualquiera  
Le pierde. Hemos sido mártires  
De nuestra opinion científica,  
Pues sostenemos que Hipócrates  
Y Galeno y Avicena  
Fueron unos botarates,  
Y esos tios de peluca  
No pueden sufrir que nadie  
Combata sus opiniones.  
Pero escuche usted. Sí, echadle  
Un galgo. Ese hombre está loco.  
— Corramos, no sea tarde,  
Y haga una calaverada.  
¿Reprobado! ¿Pobre madre,  
Que estás gastando un sentido  
Para dar á ese tunante  
Una carrera decente  
Y lo gastas tan en valde!  
Pero por fin llego á tiempo,  
Pues le diviso en la márgen  
Del Canal. ¡Eh! Pedro... Pedro...  
Me ha oído... sale á encontrarme.  
No me equivoqué, pues tiene  
La cara como un cadáver.  
— Juan, ¿qué ha ocurrido? ¿qué quieres?  
— ¿Qué quiero? Vengo á buscarte.  
Y tú ¿á qué has bajado aquí?  
— ¡Pse!... yo á nada, á pasearme.  
— Pues... á pasearte, y hecha  
Una Magdalena madre  
Viendo que no parecías.  
— Juan, ¡soy un vil, un infame,  
Un mal hermano, un mal hijo!  
No me atrevo á presentarme  
En casa... ¡Me han reprobado!  
Me han perdido esos tunantes  
Con quienes me reunía...  
— ¿Y qué intentabas?

— Tirarme

Al Canal. Para vivir  
Uno sin honor, mas vale...  
— Mas vale tener cabeza  
Y procurar recobrarle.  
Hé aquí el primer desengaño  
Que te anuncié poco hace.  
¿Pedro! vámonos á casa,  
Que está sin consuelo madre,  
Y el primer deber del hijo  
Es consolar á sus padres.  
¿Sabes cómo se consuelan?  
— Haciendo lo que tú haces.  
— El tiempo y el desengaño  
Te enseñarán á imitarme.

### III.

— Perico, venga esa mano.  
¿Qué es eso, votova al diantre?  
¿Estás cabizbajo y triste  
Porque vas á entrar en exámen?  
Animo, no tengas miedo,  
Porque vengo en este instante  
De ver á tu catedrático  
Y me ha dicho que en la clase  
No le hay mas aprovechado  
Que tú. No seas cobarde,  
Que vas á sacar una ese  
Como esta casa de grande.  
Pero ¿qué demontre tienes  
Que pareces un tomate  
De colorado y las lágrimas  
Te se saltan? No me engañes,  
Dime la verdad, ¿qué tienes?  
— Tengo ganas de tirarme  
Por esta ventana... Juan,  
Mátame, soy un infame,  
Un estúpido, un malvado.  
— Por Dios, que no lo oiga madre,  
Habla bajo...

— Ya no puedo

Como pensaba graduarme.

— ¿Y porqué?

— Porque presté

El otro día á un pillastre  
El dinero que me dió  
Para los derechos madre,  
Y tú que le viste... aum  
No he podido recobrarle,  
Y hoy mismo se cierra el pago...  
— Pedro, lágrimas de sangre  
Nos han de costar á todos  
Tus continuas necedades.  
— Pero si era un condiscipulo,  
Y me aseguró el tunante  
Que al día siguiente...

— Pedro,

No gastemos tiempo en valde.  
Voy ahora mismo á pedir  
Ese dinero, aunque pase  
Todo el año trabajando  
De noche para pagarle,  
Pues si no... seria dar  
Una puñalada á madre  
Que para juntarle habia  
Sufrido tantos afanes...  
— ¡Pobre madre! ¡Pobre hermano!  
Soy vuestro verdugo infame,  
Y sin embargo, vosotros  
Sois mis ángeles guardianes.  
— Pedro, no se hable mas de esto,  
Pero apunta dónde sabes  
Este nuevo desengaño  
Que espero ha de aprovecharte.

### V.

— ¡Me voy á saltar la tapa  
De los sesos!... ¡Ah, qué infame,  
Qué traidora, qué perjura!...  
Dame una pistola, un sable,  
Un cuchillo, cualquier cosa,  
Porque voy á suicidarme...  
— ¿Pero qué locura es esa?  
¿A qué viene ese potaje  
De palabras? ¿A qué vienen  
Todos esos disparates?  
¿Estás loco?  
— Sí, estoy loco,  
Pero loco de remate,  
Loco de rabia, de celos,  
De indignacion, de coraje,  
De... Malditas sean todas  
Las mujeres...

— Menos madre!

Pero, hombre, ¿te explicarás?  
¿Te explicarás con mil diantres?  
¿Qué es eso, qué ha sucedido?  
— Que se ha casado la Cármen.  
— Pues que Dios le dé salud  
Y sucesion abundante.  
— ¿Salud? Pulmonía y tifus  
Y jaqueca y zaratanes,  
Y á mí por médico, es  
Lo que Dios debiera darle.  
Mira, Juan, no la defiendas,  
Que se me sube la sangre  
A la cabeza... Traidora,  
Mala mujer, vil, infame,  
Coqueta...

— Echa, echa, echa,

Eche usté y no se derrame.  
— Juan, no te burlas de mí  
Porque haré algun disparate.  
— Bastantes está usté haciendo,  
Y ya es hora de que hable  
Como habla el hombre juicioso  
Cuando le ocurre un percance.  
Vamos á ver, ¿cuánto hacia  
Que no la veías?

— Hace

Quince días que estuvimos  
En el café de la calle...  
¿No se les hubiera vuelto  
Veneno á ella y á su madre  
El sorbete que tomaron!  
— ¿Qué te di o aquella tarde?  
— Toma, toma, lo que siempre,  
Que aunque la descuartzasen  
Me queria, que yo era  
Su pensamiento constante,  
Que tenia unos deseos  
Muy atroces de casarse  
Connigo...

— Pedro, la pérdida

De mujeres semejantes  
No se llora, se celebra...  
— La bribona, la...

— Mas vale

Que te haya engañado ahora

Que mas tarde. Mas tarde  
Quizá no habria remedio,  
Y ahora el remedio es fácil.  
— ¡Fácil! ¡Ah! ¡cómo olvidarla!  
— ¿Cómo olvidarla? Marchándote  
De Madrid mañana mismo.  
Yo tengo ahorrados mil reales,  
Los tomas, y un par de meses  
Te vas á cualquiera parte  
Ya que estás de vacaciones,  
Pues seguir aquí hecho un valle  
De lágrimas... fuera dar  
Una puñalada á madre.  
— Juan, eres el ángel bueno  
A quien encargó velase  
Por nuestra familia, al irse  
A los cielos, nuestro padre.  
— No, soy un hombre que á costa  
De mil desengaños sabe  
Que el tiempo y el desengaño  
Son dos amigos leales.

## V.

— Juan, ya me voy convenciendo  
De que son unos infames  
Todos los hombres.

— No todos.

Pedro, yo estoy muy distante  
De agraviar con tal concepto  
A todos mis semejantes,  
Porque una cosa es decir  
Que uno no debe fiarse  
Como tú del primer quidam  
A quien se encuentra en la calle,  
Y otra decir que no hay  
Honor ni virtud en nadie.

— Como quieras, pero yo  
Tengo motivos muy grandes  
Para renegar de todos  
Y para echarlos al diantre.  
— ¿Y qué motivos son esos?  
— Tal vez andan ya buscándome  
Para darme cuatro tiros...  
O á lo menos deportarme...  
— ¿Qué es lo que dices?

— Lo que oyes.

Hace poco tomé parte  
En una conspiracion  
Destinada á dar al traste  
Con nuestras instituciones  
Políticas y sociales,  
Reemplazándolas con otro  
Sistema mas fulminante,  
Y acaban de delatarme  
Los que tenian la clave,  
Los mismos que me metieron  
En ese complot del diantre.

Juan, ¡estoy comprometido!  
¿Qué he de hacer? ¿dónde ocultarme?  
No hay mas, me huelen á pólvora  
Los sesos cómo me atrapen.

— ¡Esto ya pasa de raya!  
¡Esto ya es inaguantable!  
Meterse á conspirador...  
— Pero hombre, si esos tunantes  
Decian que su sistema  
Era lo mas admirable  
Que se ha visto. Si decian  
Que así que se plantease,  
Se trasladaria Jauja  
A orillas del Manzanares.

— Pedro, hablemos seriamente,  
Que tu situacion es grave.  
Antes de todo te encargo  
Que no lo trasluzca nadie  
En casa... pues fuera dar  
Una puñalada á madre.  
Tranquilízate, no temas:  
Hay un alto personaje  
Que todo lo puede, á quien  
En un sangriento combate  
Salvé la vida exponiéndome  
A verter por él mi sangre.  
Voy á verle ahora mismo,  
Y... puedes tranquilizarte.

— Juan, cien vidas me parecen  
Poco á pagar tus bondades.  
Sálvame, yo te prometo  
Ser muy otro en adelante,  
Que el tiempo y el desengaño  
Son dos amigos leales.

## VI.

— ¡Gracias á Dios que acabaron  
Las consultas! ¡No hay aguante

Para tanto! Después que uno  
Cuarenta visitas hace  
Y viene á casa molido  
Y deseando tumbarse,  
No le dejan descansar...  
— Pues no recibas á nadie.  
— Juan, seguiré tus consejos  
Porque yo sé lo que valen.  
Hace un momento he tenido  
Buena ocasion de acordarme  
De cuando á mujeres y hombres  
Tenia por unos ángeles.  
No sabes lo que me acaba  
De asegurar don Melquiades?  
— ¿Qué?

— Toma, que don Ruperto,

El de la calle del Cármen,  
Se presentó ayer en quiebra.  
— ¡Caracoles! Sabes que haces  
Buen negocio si le das  
Los treinta y tantos mil reales  
Que te pidió el otro dia.

— ¿Te acuerdas que la otra tarde  
Te dije que unos amigos  
Se empeñaban en que entrase  
En una conspiracion,  
Y se empeñaban en valde?  
— Sí.

— Pues anda, esta mañana  
Me les han echado el guante.  
— Me alegro mucho.

— ¿Te acuerdas

De la hija de don Juan Sanchez  
Cuya mano no admití,  
Y luego vino á casarse  
Con un...

— ¿No me he de acordar?

— Pues le ha cogido infraganti  
Su marido con un primo  
Y se ha armado un zipizape...

— Mira si los desengaños  
Te han librado de percances.  
— Si ellos y tú no me hubiérais  
Enseñado á gobernarme,  
¿Qué hubiera sido de mí!  
¿Qué de nuestra pobre madre!

— ¡Pedro, el arte de vivir  
Es un oficio... es un arte,  
Y al aprender un oficio  
Se paga el aprendizaje.  
Ambos fuimos aprendizes  
Y... ya somos oficiales.

ANTONIO DE TRUEBA.

## Revista de Paris.

M. Eugenio de Mirecourt publicó el año último una biografía de Alejandro Dumas, en la cual se propuso demostrar que el autor de tantos dramas y novelas que traducidos en todos los idiomas han corrido el mundo, no ha sabido inventar jamás un argumento. Para esta demostracion presentó pruebas, indicó el origen de sus piezas teatrales mas afamadas, y señaló los nombres de los autores verdaderos que han escrito sucesivamente todas sus novelas. El único talento que M. de Mirecourt concede á Dumas es de un orden secundario; «consiste, dice, en la manera que tiene de coordinar lo que inventan sus colaboradores. Eleva su obra con los materiales de otros, pero nada absolutamente es producto de su ingenio.»

Esta biografía de Alejandro Dumas forma parte de una colección de ellas que con el título de «Los Contemporáneos» da á la estampa M. de Mirecourt; pero como en todas se nota cierto conato de rebajar, si no de destruir, las reputaciones mas célebres de nuestro tiempo, de aquí proviene que el estudio biográfico de que nos ocupamos, no produjo en el público el efecto que habria debido producir un escrito que destruye por su base la originalidad de un autor como Dumas reduciéndole á un plagiario, y lo que es peor, á un mero copiante de las producciones ajenas.

Pero hé aquí que en la semana que acaba de transcurrir, M. Maquet, uno de los colaboradores mas anónimos, ha citado á M. Alejandro Dumas ante el tribunal civil para que este le declare á él co-autor de diez y ocho novelas que han sido publicadas con el nombre de Dumas, y cuyos títulos son: — «El caballero de Harmental, — Silvandira, — Los tres Mosqueteros, — Monte Cristo, — Veinte años despues, — La reina Margot, — La Hija del Regente, — La Guerra de las mujeres, — La Dama de Monsoreau, — El Bastardo de Mauléon, — El Caballero de la Casa Roja; — Los Cuarenta y cinco, — Las Memorias de un Médico, — El vizconde de Bragelone, — Olimpia de Cleves, — Ingenua, — El Tulipan Negro, y Ángel Pitou.»

Vamos á dar cuenta á nuestros lectores de la vista de esta causa, que ha venido á corroborar en gran parte lo que M. de Mirecourt habia dicho en su biografía. Para ello seguiremos á los abogados en la exposicion de los hechos.

M. Marie, abogado de M. Maquet, principia por asegurar que su defendido intenta con mucho dolor su demanda contra M. Dumas, de quien ha sido colaborador durante mucho tiempo, y amigo íntimo. ¿Cuáles son los derechos que M. Maquet reclama en el dia? Sostiene que no solo ha sido el colaborador sino el co-autor de las obras mencionadas; que bajo este concepto es co-propietario de todos los productos de estas obras; es decir, que pide, además de su parte en las ventajas materiales, su parte de honor, de fama y de gloria, y exige que en todas las ediciones sucesivas su nombre figure con el de Dumas. En cuanto á los productos pecuniarios, hay que pasar cuentas sobre lo recibido, y como M. Maquet se considera acreedor de cantidades muy elevadas, pide desde luego 50,000 francos de daños y perjuicios.

M. Marie entra seguidamente en un exámen profundo de las relaciones que han existido entre M. Dumas y M. Maquet para probar los derechos de este, y dice:

«Estas relaciones comenzaron en 1842, cuando M. Dumas tenia ya fama en todo el mundo, cuando era ya un hombre ilustre en la novela y en el teatro. Dumas habia atravesado las grandes luchas de la escuela romántica y de la escuela clásica, ayudando mucho al triunfo del romanticismo... Entontes celoso de sus laureles no los sacrificaba á los intereses comerciales.»

En aquel tiempo M. Maquet era un jóven que vivia oscuramente; profesor de la universidad se consagraba á los estudios serios. Sin embargo, su imaginacion se inclinaba á la novela y á la poesia; pero no pudo hallar un editor porque para esto se necesitaba un nombre... Hé aquí pues los dos autores, uno grande é ilustre y otro que queria serlo. Reunidos se entregan á una colaboracion cuyos resultados ha admirado el mundo. Al hallarse Maquet en presencia de Dumas experimentó un júbilo inmenso; sus sueños principiaban á iluminarse; la esperanza nacia en su corazon. Cuando le entregó su primera obra, la «Conspiracion de Cellamare,» y que M. Dumas consintió en trabajar bajo su inspiracion; cuando al fin se publicó su novela arreglada hábilmente por el maestro y el público la aceptó porque era de Dumas, comprendió que la realidad se abria para él, que el porvenir se le mostraba risueño.

Obtenido este primer triunfo, la colaboracion siguió una marcha progresiva; se publicaban libros y dramas sin descanso. En los años siguientes M. Dumas invadió siempre con su nombre solo todos los géneros. El público estaba maravillado, y con asombro se preguntaba cuántos colaboradores tenia; no tenia mas que uno y era Maquet. Entonces se dijo que se limitaba á copiar con su hermosa letra los manuscritos que no eran suyos. En esto habia injusticia; ambos talentos tenian una parte igual en las producciones que deslumbraban al mundo.

¿Cómo procedian ambos escritores? Conversando formaban el plan de una novela, y este plan meditado por cada uno de ellos, era corregido y formulado definitivamente en otras entrevistas. El dibujo quedaba trazado ya; luego no habia mas que dar el colorido al cuadro. Desde aquel instante principiaba la identificacion con los personajes que se ponian en movimiento; uno desenlazaba lo que habia enlazado el otro; las escenas cómicas sucedian á las escenas dramáticas, y así las obras, gracias al ingenio de entrambos, resultaban brillantes de peripecias y con tal unidad que nadie podia creer fuesen la creacion de dos talentos.»

El abogado lee en seguida una curiosa correspondencia entre los dos autores para probar la exactitud de sus asertos. ¿Se trata de la «Hija del Regente?» M. Dumas escribe á M. Maquet:

«Por todas partes donde vayais, pensad en Mlle de Chelles y en madama de Berri.»

Cuando la «Dama de Monsoreau» despues de creado el personaje de Chicot que M. Maquet introdujo luego en la «Hermosa Gabriela,» una obra interesante de este, M. Dumas excita á su colaborador á pensar sin descanso en ese personaje.

En el «Caballero de Harmental» hay una escena importante que pasa en la Biblioteca: M. Dumas escribe:

«La escena de la Biblioteca! La escena de la Biblioteca!»  
Tocante á las principales obras, hé aquí una carta de Dumas sobre «Monte Cristo»:

«Decidme cuándo podreis venir tres ó cuatro dias á San German para el Monte Cristo.»

«Trabajad por Dios; ya sabeis que despues del arresto hay una escena entre Villefort y madama Danglars. Villefort implacable; se tiene noticia de la prision de Benedetto, y la causa se podrá juzgar próximamente.»

A esto contesta M. Maquet enviando el manuscrito.

«Perfectamente, responde M. Dumas; solo haré un cambio en el plan; la casa de Villefort estará contigua á la casa vecina para que se pueda abrir un agujero.»

Sobre el «Caballero de la Casa Roja» dice Dumas:

«Trabajad mucho, ya extendaremos los detalles.»  
Sobre «Olimpia de Cleves»:

«Mi querido amigo: ¿quereis venir mañana á trabajar en el plan de Olimpia?»

Otro billete acerca del Caballero de la Casa Roja:

«No he podido principiar hasta hoy mañana; veo que lo dejais en el Temple; ¿no podriais echar mano del plan de evasión? Cuando saliera mal, entonces la llevarian á la Conserjeria.»

«Se puede hacer algo bueno con el jóven conspirador, enamorado como Mortimer de Maria Estuarda, casi y aun sin haber visto á la reina.»

«Pensad cómo puede introducirse cerca de ella, y cómo nosotros introduciremos al lector.»

Otra carta sobre «Bragelone»:

«Está encontrado el momento de la reunion en casa de Scarron; Athos llega á Paris; quiere verse con Aramis sin que nadie pueda sospechar que está preparada su entrevista, y se encuentran en casa de Scarron.»

«Preparadme esa escena con toda la originalidad que os distingue.»

Sobre la «Reina Margot :»  
 «¿Qué será de Maurevel y del señor de Mouy? Necesito saberlo para no marchar á tientas.  
 » ¿Qué partido sacáis del acreedor de Coconas? Hagámosle feoz, pero no vil.»  
 Otras veces es Maquet quien dirige el trabajo : véas : lo que escribe este tocante á Monte Cristo :  
 «¿Qué queréis hacer despues de la escena con Fernando? Si viniérais á almorzar mañana conmigo, haríamos el plan del tomo primero.»

De este modo pues, establecidas las bases del plan general y escritas ya muchas escenas, cambian, aprueban ó desaprueban, admiten ó rechazan.

En el momento de la publicacion no pierde su carácter esencial esta correspondencia. M. Dumas escribe pidiendo original que le reclaman de la redaccion del *Siècle*. Hé aquí á propósito de Monte Cristo un detalle que tiene su interés : un día el folletín de M. Maquet se pierde en el camino; Dumas que debía mandarle al *Journal des Débats* se encuentra un un apuro, y envia á Maquet estas líneas :

«Se ha perdido el trabajo, y no hay mas que hacerlo de nuevo, mi querido amigo. No os acosteis esta noche á fin de concluirlo todo, y enviad con un mozo al periódico diciendo que el folletín se ha perdido, y que tengo yo que escribirle nuevamente.»

Para otras obras pide noticias á Maquet sobre varios detalles de capítulo, «porque no sabe cómo salir del enredo,» y tratándose del «Bastardo de Mauléon» M. Maquet recibe este billete :

«Escribid mucho sin temor, que nada es largo; yo concluyo el capítulo con estas palabras : — El papa le dejó partir. — Haced con todos sus detalles la escena del primer asalto, de la llegada del legado, etc. — La carta de Bertran al rey que dicta á su capellan, puede ser muy bonita, y haré que acabe bien el capítulo.

» Pronto, pronto, enviadme todo eso; este mes hay que hacer cosas imposibles.»

Felicitando á M. Maquet por una cancion que este habia puesto en una de las novelas en que trabajaba, le dice : «Vuestra cancion es preciosísima; con dos ó tres como esa dejaréis atrás á Beranger.»

El abogado pasa ahora á tocar puntos mas importantes. — La publicacion de las novelas se hacia ordinariamente en folletines; en otra ocasion se pierde el folletín del *Siècle*, y Maquet le escribe de nuevo; pero despues se encuentra el original extraviado en la imprenta, y se nota que no habia ninguna diferencia entre su letra y la del otro manuscrito que estaba ya compuesto.)

Así sucede que los redactores de los periódicos comienzan á entenderse directamente con Maquet. M. Neffler de la *Presse* le escribe con fecha 18 de enero de 1847 :

«M. de Girardin agradecería infinito que le mandárais el epílogo de «Balsamo» el jueves por la noche para que se publique al otro día.»

Basta de citas en este órden de cosas : las que anteceden, segun el abogado prueban que M. Maquet es co-autor de las obras enumeradas, y que por consiguiente tiene derecho á su parte de gloria y de ventajas materiales. Pero ahora se trata de saber si M. Maquet enagenó sus derechos útiles, porque hasta el año 1847 habia recibido de M. Dumas en diferentes partidas hasta la suma de 49,000 francos cuando M. Dumas ha percibido 600,000 por las obras publicadas durante el período de colaboracion entre los dos autores. M. Maquet pretende haber cobrado esas cantidades á título de indemnizacion y nada mas : hé aquí cómo se explica :

«No habia precio determinado para cada obra; yo recibia de 300 á 400 francos por volumen, y luego 500 y mas; pero estas retribuciones no representaban lo que se me debía y que me reservaba tomar luego, cuando fuese pagado M. Dumas.»

Veamos cómo explicaban las partes sus derechos : en 1845 hicieron un tratado en cuya virtud M. Maquet debía recibir 200 francos por cada tomo, y la publicacion en los diarios debía producirle 20 céntimos por línea. Solo de los «Mosqueteros» M. Maquet habria tomado cumpliéndose el contrato mes de 60,000 fr.

Despues se estipuló otra cosa. M. Maquet vendió, cedió y abandonó su derecho de co-propiedad en todas las obras literarias y dramáticas sin excepcion que hizo en colaboracion con M. Dumas hasta el 1° de enero de 1848, por la suma de 145,000 francos; pero con la condicion expresa de que si faltaba un pago en los plazos convenidos, al cabo de seis meses este contrato quedaba nulo.

Lo mismo sucedió con esta convencion de 1848 que con las anteriores; M. Maquet recibió 20,000 francos en vez de 145,000 á pesar de sus reclamaciones.

Dos citas mas y concluimos. En 1845 M. Alejandro Dumas escribió la siguiente carta al comité de la Sociedad literaria de Paris, á fin de defenderse contra ciertos ataques que tuvieron de resolverse en justicia :

«..... ¿Hay abuso, decia, en la reunion de dos personas que se asocian para producir, reunion establecida en virtud de convenios particulares existentes entre ambos socios? Además, ¿esta asociacion causa algun perjuicio á tercero? Entendámonos sobre las personas y las cosas. En dos años hemos hecho Maquet y yo los Mosqueteros (8 tomos); la continuacion de los Mosqueteros (10 tomos); el Caballero de Rougeville, la Reina Margot y la Hija del Regente. No hablo de Silvandira y de Harmental compuestas anteriormente, en todo 42 volúmenes — Ninguna de estas obras ha sido perjudicial á los editores.»

Dumas, dice el abogado, reconocia entonces que Maquet no habia abdicado ni su nombre ni sus derechos útiles; por consiguiente el tribunal no podrá, á pesar de la evidencia de los hechos, decidir que Alejandro Dumas es el único autor de sus obras.

Por último, M. Dumas, despues de haber escrito la líneas

que anteceden, piensa que un día, si llega á morir Maquet, puede presentarse un heredero armado con esa carta á reclamar derechos pagados, y entonces M. Maquet escribe con fecha 4 de marzo de 1845 un billete concebido en estos términos :

«Mi querido amigo : Nuestra colaboracion ha prescindido siempre de cifras y de contratos. Una buena amistad, una palabra leal nos bastaba; y así ha sucedido que hemos escrito

me una vez por todas bien y debidamente indemnizado por vos segun nuestros convenios verbales...»

Estos convenios verbales no han sido ejecutados, y por eso M. Maquet pide en el día la co-propiedad de todas las novelas enumeradas.

En nuestra próxima revista nos haremos cargo de la respuesta del abogado de Dumas.

MARIANO URRABIETA.

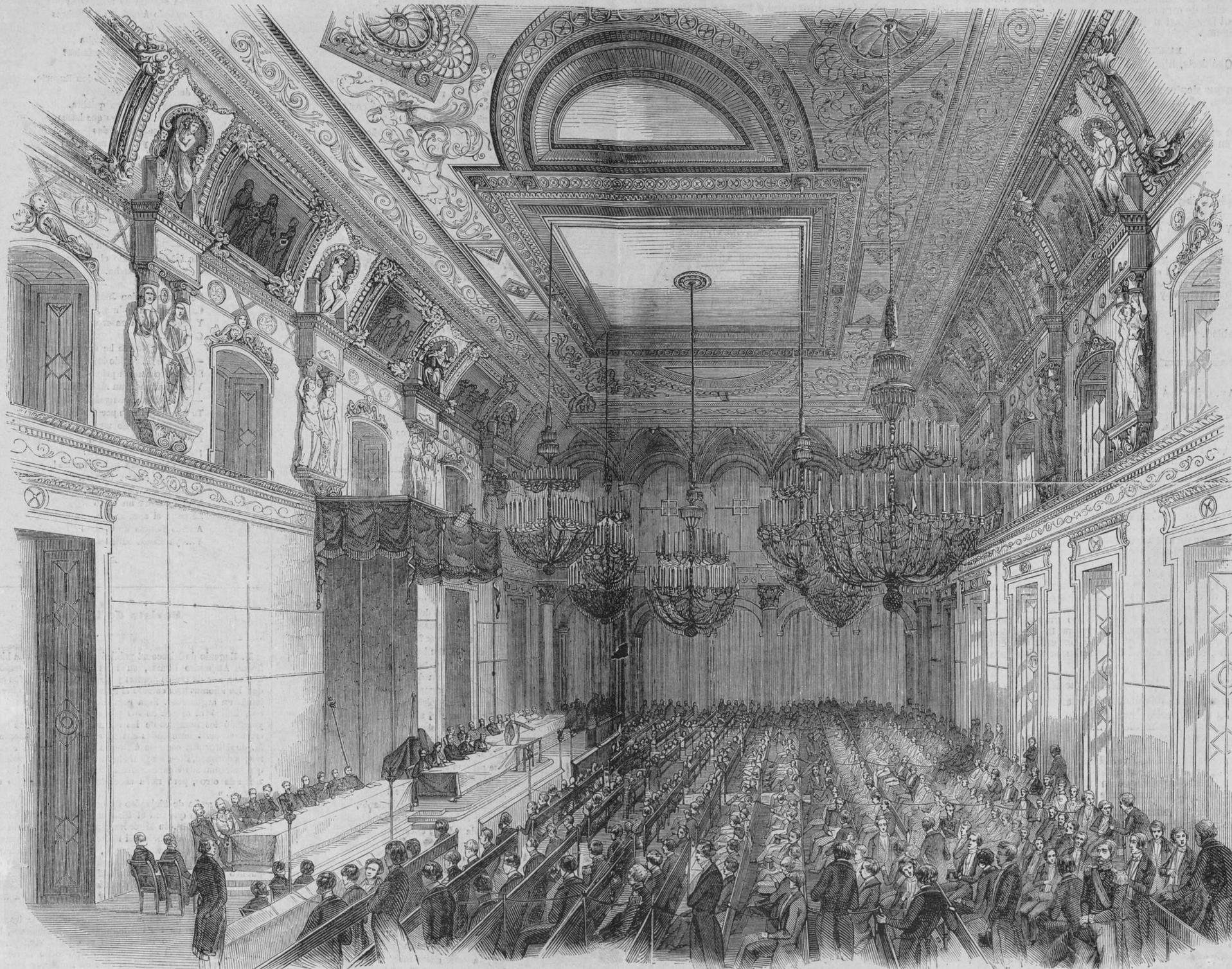
Como el rey de Prusia no se halla en estado de ponerse al frente de los negocios, se le han continuado los poderes al príncipe de Prusia por tres meses mas.

Se cree que S. M. partirá incesantemente para Italia, y que si dentro de tres meses no mejora su situacion, abdicará en favor de su hermano. Físicamente, el rey se halla bien ; solo su estado moral está afectado.

MILLER, cura párroco de San Estéban.  
 ISAAC ZAFARA, judío.  
 El conde JUAN.  
 El duque de ESTIVAL.  
 Lord SHAFIELD.

El príncipe ERLOFF.  
 ROSA, cómica.  
 BERTA, niña de ocho años, hija de Rosa.  
 Una doncella.  
 Un sacristan.

La escena pasa en Viena en la época actual.



Sesion de apertura de las Cámaras prusianas en la sala Blanca del Palacio Real de Berlin.

**Apertura de las Cámaras prusianas.**

Damos aquí una vista de la sala Blanca del palacio real de Berlin, donde el día 13 de enero ha tenido lugar la solemne apertura de las cámaras prusianas.—La Prusia, dice el discurso de la corona, continúa defendiendo los derechos y los intereses de la Alemania.

**REDENCION.**

POR M. OCTAVIO FEUILLET.

**PERSONAJES**

MAGDALENA. — MAURICIO.

1.  
 Á LAS CINCO DE LA TARDE EN INVIERNO, EN LA IGLESIA DE SAN ESTÉBAN.

La iglesia está desierta ; en los altares de las capillas arden algunas luces. Mauricio está de pié cerca de un

pillar, y se vuelve al ruido de los pasos de Magdalena que se adelanta lentamente y con incertidumbre. Viendo que la observan, baja su velo. Mauricio moja un dedo en la pila del agua bendita, y le presenta á Magdalena inclinándose y sonriendo.

MAURICIO.

A la española.

MAGDALENA.

Mil gracias. (De repente retira su mano sin tocar á la del joven, y continúa diciendo) : ¿ Podriais guiarme hasta la sacristia? Me han dicho que allí podría encontrar ahora al señor cura Miller, con quien tengo que hablar.

MAURICIO.

Ahí está en ese confesonario; muy luego lo vereis salir.

MAGDALENA.

Mil gracias caballero.

(Se apoya en una silla.)

MAURICIO, despues de una pausa.

Aunque sea una indiscrecion, quisiera haceros una pregunta...

MAGDALENA, interrumpiéndole.

Caballero, no es un oficio decente el plantarse junto á la pila del agua bendita para hacer la corte á las señoras; esas galanterías de sacristan tienen algo de ridiculo si no de odioso. Os digo desde luego mi modo de ver en la materia, á fin de evitaros palabras inútiles conmigo.

MAURICIO.

Antes de ponerse así á la defensiva una señora debería asegurarse bien de que la atacan, pues de otro modo se expone á demostrar mas impaciencia que modestia, mas hipocresía que virtud verdadera. Vuestra juventud que revelan muy graciosamente vuestro andar y el sonido de vuestra voz, me alientan á dirigiros la palabra como si fuérais mi hermana; dignaos escucharme.

MAGDALENA.

Os escucho pues... ¿ qué deseais ?

MAURICIO.

Traia al señor cura una limosna para sus pobres, y queria suplicaros que se la entregárais de mi parte.

MAGDALENA.

¡ Yo ! ¿ Y porqué ? ¿ Me conoceis ?

MAURICIO, riendo.

Mucho lo sentiria.

MAGDALENA.

¡ Ah !... Explicaos.

MAURICIO.

He vivido ya lo bastante para saber el respeto que se debe en el mundo á los velos y á todo lo que es misterio. La manía de buscar siempre la realidad es lo que echa á perder la vida.

MAGDALENA.

¿ Qué quiere decir todo eso ?

MAURICIO.

Que no faltan personas de mi edad que al veros sola y al adivinar que sois muy linda tratarian de seguirlos y conoceros. Por mi parte deploraria saber el nombre humano y positivo de la vision delicada que se me apareció en la sombra bajo los arcos sagrados, y que mi mano ha estado á punto de desaparecer con su contacto. He ahí el único recuerdo que quiero conservar de este instante; pero añadiréis á él una ilusion mas si os dignárais encargarnos de mi ligera limosna.

MAGDALENA.

Dádmela. (Toma dos monedas de oro.) Si la poesía os alimenta, poca sustancia sacareis ; la poesía no es moneda corriente en nuestros tiempos.

MAURICIO.

Os aseguro que eso es un error. Permitidme que os recuerde el voto que todo el mundo hace de vivir una hora en cierto episodio de una novela favorita, de tomar puesto entre los personajes de algun cuadro preferido, y de respirar un momento el soplo ideal que el poeta ó el artista manifestaron en su creacion. Diariamente hace el Señor que se cumpla este voto para todos aquellos que con sencillez lo desean ; diariamente siembra á manos llenas bajo sus pasos detalles de un encanto poético y sobrenatural... En este instante, en medio del cuadro religioso y místico que nos envuelve, vuestra actitud pensativa cerca de esa columna apenas alumbrada, y esta entrevista fugitiva con un desconocido, ¿ no tienen ciertos caracteres del mundo de la imaginacion ? Pues asimismo fuera del mundo real hay en la vida mil rincones misteriosos donde ciertas naturalezas eligen domicilio y refugio, y donde viven bendiciendo á Dios.

MAGDALENA.

Muy joven me parecéis para tales ideas.

MAURICIO.

Aprendí la experiencia prontamente. Pero hé aquí el señor cura. (El cura Miller sale del confesonario y se arroja en los escalones de una capilla.)



MAGDALENA.

Tiene reputacion de mucho entendimiento y de un corazon noble, ¿no es verdad?

MAURICIO.

Y la merece. El fué quien se negó á seguir la moda singular de cerrar las iglesias al anochecer, porque sabe muy bien que á esa hora todo valor flaquea, toda pasion se fortalece. A esas horas de duda y de tentacion, cuando los cafés y los teatros encienden sus peristilos provocativos, ese buen anciano entreabre la puerta de su iglesia y pide en nombre de Dios á este una oracion, al otro un remordimiento, á todos un pensamiento elevado. (*Miller se levanta como para marcharse.*) Pero ¡ay! señora, siento haberos molestado tanto tiempo... pero ¡es tan raro el hechizo de hallar en una mujer la bondad unida con la gracia!... Dios os dé la dulce emocion que llevo yo en mi corazon enternecido. (*Sahuda y va á marcharse.*)

MAGDALENA.

Perdonadme, caballero... ¿no puedo saber?... (*Vacila como reflexionando; luego se quita el guante y ofrece agua bendita á Mauricio.*) Adios. (*Se adelanta rápidamente hacia el cura Miller. Mauricio la sigue con los ojos. Despues de cambiar algunas palabras con el sacerdote, Magdalena desaparece con él entre las sombras del templo.*)

UN PEQUEÑO LOCUTORIO ADORNADO CON ALGUNOS CUADROS RELIGIOSOS EN LA IGLESIA.

## EL CURA MILLER, MAGDALENA.

MILLER, sentándose y dando una silla á Magdalena.

Calentaos, hija mia; hace mucho frio esta noche... ¡pobre criatura!... ¡andando por la nieve!... calentaos.

MAGDALENA, cortada.

Señor cura, os traigo quinientos florines para vuestros pobres.

MILLER.

¿De parte de quién, hija mia?

MAGDALENA.

De mi parte.

MILLER.

¿Tan jóven y ya disponeis de una cantidad tan crecida?

MAGDALENA.

Señor cura, soy Magdalena, del teatro imperial.

MILLER, tomando los billetes.

Muy bien, me encargo de repartir la limosna.

MAGDALENA.

No hablareis de mí, señor cura.

MILLER.

No, no, quedará entre nosotros.

MAGDALENA.

Además, con la misma intencion os entregaré dos monedas de oro de parte de un jóven que no conozco, y que se encontraba en la iglesia cuando yo entré... Pero ¿dónde están?... No le hace... Tomad estas otras... (*Saca dos monedas de oro de su bolsillo.*) ¿Conoceis á ese jóven, señor cura?

MILLER, riendo.

No lo he visto, y os diré que conozco muy pocos jóvenes; estos se dirigen mas á vos, señorita.

MAGDALENA.

¡Ay! señor cura, ¡se dicen tantas cosas que no son ciertas!

MILLER.

Lo creo así. (*La mira con atencion. Magdalena un poco turbada y como no sabiendo qué decir, se levanta bruscamente.*) Dicen que teneis mucho talento, cosa supérflua en una persona de vuestra hermosura. Tengo entendido que salís esta noche en una pieza nueva.

MAGDALENA.

Cómo, señor cura, ¡estais enterado de estas cosas!

MILLER.

Os voy á dar de mí una mala opinion.

MAGDALENA.

Es imposible.

MILLER.

Mientras estoy en este mundo quiero saber lo que en él se pasa, primero por curiosidad, y luego por un deber que me he impuesto. Leo los periódicos todos los días, y aunque no doy gran importancia á los articulos de teatros, no dejo de recorrerlos. El teatro fué mi flaco en todos tiempos; por el teatro el diablo me tentó con mayores apariencias de triunfo... ¡es tan astuto el diablo!

MAGDALENA.

Señor cura, el diablo es un necio, á mi juicio, y vos sois muy bueno y muy amable.

MILLER.

Hija mia, la bondad es el único hechizo que está permitido á los ancianos; es la coquetería de las canas.

Pero vamos á ver, hija mia, me habeis dado un encargo para los pobres... ¿no podríais darme otro para el Señor de esta casa? Le tomaria con mas júbilo aun.

MAGDALENA.

¡Ay! hé aquí ya lo que temia; hé aquí porqué queria marcharme. No puedo corresponder á vuestra caridad delicada, sino apelando á mi franqueza... mi única virtud en el mundo... Señor cura, no vengo á confesarme... no creo en nada... creo en los pobres porque los veo, y les traigo quinientos florines que no necesito... No interpreteis de otra manera mi limosna... Es un capricho de mi imaginacion que he tenido esta noche... ni mas ni menos.

MILLER, meneando la cabeza.

¿Qué decís, hija mia!

MAGDALENA.

Lo que siento, señor cura; no busqueis aquí el dedo de Dios, porque no está.

MILLER.

En cuanto á eso os engañais; yo entiendo mas que vos en la materia. ¿A qué habeis venido á pié?

MAGDALENA.

Sí.

MILLER.

Ya lo decia yo.

MAGDALENA, riendo.

¿Y dónde está el milagro?

MILLER.

Podeis reiros, Magdalena; pero el enfermo que se sonrie mirándose al espejo para verse con buena cara, se engaña á sí mismo sin engañar el ojo de su doctor experimentado. Voy á poner el dedo en vuestra llaga, no griteis...

MAGDALENA.

Hablad.

MILLER.

Os aburrís mortalmente.

MAGDALENA.

¡Ay, señor! ¡A quién se lo decís!... Desafío al aburrimiento á que penetre en mi vida... ¿Sabeis lo que es la Magdalena del teatro Imperial? — Es una muchacha de veintidos años, libre como el aire, y hecha de cierta manera que agrada sin que se comprometa su corazon. El sol reía en medio del horizonte cuando ella vino al mundo; la noche que salió á las tablas por primera vez, antes de que hubiese hablado la aplaudía el público con delirio, solo porque tenia á la vista su blanca dentadura y su juventud; las flores nacen por la mañana sobre su alfombra y llueven sobre su cabeza por la noche; tiene su córte como los reyes, y no se la habla sino en verso como á los dioses. Su presencia anima todas las fiestas, y se diría que cuando se va las luces se apagan: es una criatura mimada por la fortuna, que vive feliz y que cruza el mundo deslumbrado y prendado de ella, en medio de una alegría continua y en una indiferencia que jamás se interrumpe. La naturaleza me ha hecho para chispear á los ojos de todos como una piedra preciosa; y esto es tan exacto que cuando me pongo seria nada mas que un minuto hago un gesto ridiculo. (*Se rie.*) Por eso á mi primera arruga, fiel á mi destino, sabré que debo morir, y moriré contenta con el labio risueño, como en vida... Así me aburro, señor cura.

MILLER.

Direis que soy obstinado; pero me atengo á lo dicho.

MAGDALENA, volviéndose á sentar bruscamente.

Pues señor, teneis razon, con todo eso me fastidio soberanamente hace medio año... Así es que me pongo en camino como una princesa de un cuento de hadas con la resolucion de recorrer los desiertos en busca de los anacoretas afamados, á ver si me explican el asunto... seria capaz de evocar al diablo, á fin de saber el nombre del mal singular que me devora en medio de mi esplendor y de mi hermosura.

MILLER, con gravedad.

Ese mal es el supremo bien, hija mia; es el alma.

MAGDALENA.

¿El alma!... ¿Y qué es el alma?... Vamos, señor cura, racionemos un poco... yo poseo sin duda un cuerpo y un espíritu, pero os confieso que mi metafísica se limita á esto, y creo que ese cuerpo y ese espíritu constituyen ellos solos todo lo que tengo el honor de ser. En cuanto al alma, la digo *Nescio vos.*

MILLER.

¿Y de dónde procede el enojo que os devora? ¿De qué procede el dolor que os trae aquí desolada, Magdalena? Si estais hecha de carne y de inteligencia solamente, ¿qué os falta para ser dichosa? Esa vida brillante que me habeis descrito, ¿qué caricia puede negar á vuestros sentidos delicados, qué satisfaccion ó qué triunfo rehusa á vuestro espíritu? Si esos dos elementos constituyen vuestro ser, ¿cuál de los dos puede sentir una amargura, proferir una queja? No, ambos se callan, ambos están contentos: el gemido que os turba en medio de la embriaguez, es la voz de vuestra alma inmortal que desconoceis y que protesta... de vuestra alma que tiene en muy poco todas las alegrías terrestres y que reclama su alimento. No me digais que no me comprendéis, vuestros ojos os desmienten de antemano.

MAGDALENA.

Supongamos que os comprenda, señor cura; pero continuad como si no os comprendiera, y explicadme mi enfermedad en términos mas claros para una mujer mundana.

MILLER.

Hija mia, la superioridad que se ve marcada en vuestra frente, suplió sin duda á los años y os esclareció antes de tiempo, pues el mal que os atormenta no es ordinariamente tan precoz, si bien espera inevitablemente en el crepúsculo de la juventud á todo ser humano que solo se propone en la vida disfrutar de los placeres equívocos de que dispone el mundo. Cuando al fin se apacigua el ruido estrepitoso que nuestra juventud hace en nosotros mismos, hay para todos aquellos que vivieron entregados á las vanidades profanas una hora de silencio solemne; entonces el principio divino se despierta en ese silencio y les habla; un destello súbito les muestra en toda su profundidad el vacío de su pasado y el vacío mas espantoso aun de su porvenir. Un negro hastío les aleja de sus costumbres favoritas, y una curiosidad extraña les impele hacia las emociones mas en contradiccion con su vida pasada. Las palabras y las imágenes que eran objeto de su indiferencia ó de su risa, deber, piedad, honor, sacrificio, se aparecen á ellos de repente con atractivos irresistibles. Los unos espartados y débiles huyen esa luz sumergiéndose mas adentro en el golfo, y los miserables consiguen sofocar de nuevo la voz de su alma hasta el día de su despertar eterno, en tanto que otros mas fuertes obedecen con probabilidades diversas á esa tentacion de virtud que Dios les envia como última amonestacion. Esta es la hora en que los libertinos y las cortesanias dan vueltas furtivamente al torno de la virtud sin atreverse á acercarse á ella y queriendo conocerla; es la hora de las supersticiones singulares, de las retiradas inexplicables, de las abnegaciones y á veces de los suicidios que se notan por intervalos en el mundo en que vivís... es la hora, hija mia, en que las reinas de la hermosura se quitan sus diamantes con pudor, se cubren á escondidas con sus ropas mas humildes, y se escapan de su córte espléndida para venir á pié sobre la nieve á socorrer á los pobres.

MAGDALENA.

Cuidado, señor cura, predicais contra vuestro santo. No sé si precisamente el vago sentimiento de enojo que experimento tiene por causas las que señalais; pero aun suponiéndolo, ¿qué idea quereis que tenga yo de ese Dios que me habria arrojado sola, sin guia, antes de la edad de la razon en una vida irreparable, no dejándome al cabo de ella otro recurso que la desesperacion del suicidio ó del convento?

MILLER.

La culpa de esa iniquidad la tiene el mundo, hija mia, no Dios. Dios no ha creado el amor materno para que los hijos sean abandonados al azar de su inexperiencia; pero su alta justicia tiene en reserva mas de un medio de salvacion para aquellos á quienes los vicios del mundo privaron de aquel beneficio providencial, y me prometo que el que os destina á vos es el mas dulce y poderoso de todos.

MAGDALENA.

¿A qué aludís?

MILLER.

A un sentimiento, Magdalena, que puede daros todas las alegrías y todos los dolores desconocidos y santos cuya curiosidad os atormenta, que contiene en sí solo todos los deberes y todas las virtudes, que expia y consuela al mismo tiempo. Dejadme que mire vuestra frente, hija mia... no, no me engaño... no habeis amado aun, y os aseguro que vuestro primer grito de amor será una plegaria al Todopoderoso que os responderá con un perdón.

MAGDALENA.

Señor cura, con repugnancia os confieso que no soy de una naturaleza tierna, y digo con repugnancia, pues quito así toda excusa á mis pecados; pero creedme, el amor no ha entrado ni entrará jamás en este seno de mármol.

MILLER.

Ese mármol está hecho para no recibir mas que una marca, pero será profunda.

MAGDALENA.

No hay soplo humano que pueda hacer saltar una chispa de este conjunto de cenizas que tengo en el lugar del corazon.

EL CURA, sonriendo.

El rayo inflama hasta las cenizas, Magdalena, y se reis herida por el rayo. Id en paz, hija mia.

MAGDALENA, levantándose.

Una palabra mas, señor: ¿de qué amor me hablais? ¿Hay pues un amor que vuestro Dios bendiga, si no está conforme con la moral del mundo, si no se apoya en la sancion religiosa? ¿O pensais que pueda yo amar á un hombre que cometa la baja de casarse conmigo?

MILLER.

Mucho me preguntais, hija mia; os responderé no obstante, y caiga sobre mí solo la falta si me engaño. — Las almas que el mundo ha extraviado violando las leyes de Dios, Dios se las lleva á sí cuando le agrada, fuera de las leyes del mundo.

MAGDALENA.

Padre mio, si un sentimiento profundamente experimentado pudiese darme la fe, el respeto que me inspirais habria producido ese milagro.

MILLER.

Cuando inspireis vos misma ese respeto á un hombre á quien ameis, entonces, Magdalena, os volveré á ver consolada y creyente.

MAGDALENA.

Jamás, padre mio. Adios. (*Vése.*)

### EN LA IGLESIA.

Magdalena atraviesa la nave lentamente; cuando llega cerca del agua bendita se detiene y lanza en torno suyo miradas curiosas é inquietas. Ve un sacristan encendiendo velas en un altar y se dirige á él.

MAGDALENA.

Amigo mio, ¿no habeis visto hace media hora un jóven que estaba sentado ahí, cerca de ese pilar?

EL SACRISTAN, con voz débil y doliente.

¿Qué pilar?

MAGDALENA.

Ese.

EL SACRISTAN.

¡Un jóven!

MAGDALENA.

Sí.

EL SACRISTAN.

¿Cómo se llama?

MAGDALENA.

No conozco su nombre... pero en fin, le habeis visto ¿sí ó no?

EL SACRISTAN.

Esperad... era acaso el señor cura... pero no tiene nada de jóven, si bien está fuerte para su edad.

MAGDALENA.

No os hablo del cura; os hablo de un jóven vestido de negro que estaba ahí, y que debía esperarme, segun yo creia.

EL SACRISTAN.

¡Ah! sí... ¿un jóven que estaba ahí?... Se ha marchado.

MAGDALENA.

¿Hace tiempo?

EL SACRISTAN.

Hace mas de una hora... ¡ah! ya me acuerdo... me dijo al salir... se me olvidaba!... ¿Si perderé yo la memoria á mi edad, Señor?... En fin, cúmplase la voluntad de Dios en todas las cosas.

MAGDALENA.

Pero ¿qué os dijo?

EL SACRISTAN.

Me dijo: ¡Qué frio hace!... Sí, sí, eso me dijo: ¡Qué frio hace!... (*Se sonríe.*)

MAGDALENA.

Hé aquí el sacristan mas tonto que se ha visto en el mundo.

(*Vése. El sacristan se queda sorprendido.*)

### EL LABORATORIO DE ISAAC ZAFARA.

En uno de los lados dos puertas, una de ellas con un ventanillo de hierro. Una hornilla cargada de redomas y de alambiques. En el techo y en las paredes hay animales disecados y reliquias extrañas. Por las vidrieras de un armario se ven frascos y botellas de distintas formas, y encima de este armario se descubren dos calaveras. Un telescopio cerca de la ventana. Un gato muy grueso duerme en un rincón.

ZAFARA, vestido con una bata de color pardo está inclinado sobre su hornilla cuidando de un aparato químico.

Vamos, vamos, venenito mio, no gastemos tiempo, de prisa, de prisa. (*Sopla la tumbra.*) ¡Ah! ¡humo del infierno! (*Tose.*) ¡Hum! ¡hum! ¡qué diantre! (*Consulta un manuscrito empolvado.*) Sesenta horas y cuarto, eso es; un minuto mas y eres mio... Entrarle á la claridad de la luna... ¡superstición!... Pero ¿quién sabe? No descuidemos nada. (*Abre la ventana, coge la redoma con unas tenacillas, y la pone con precaucion al aire. Llama á la puerta; Isaac antes de abrir mira por el ventanillo.*) ¡Ah! es el favorito de mi corazón. Entra, alhaja mia.

(*Entra Mauricio. Zafara quiere besarle.*)

MAURICIO.

¡No me toques, viejo maldito!... ¡Qué perfume de infierno!... Atrás, no te acerques.

ZAFARA.

¡Cómo me afligís, Mauricio!... Rehusar el ósculo de bienvenida me hace casi creer que ya no me amais.

MAURICIO, riendo.

Deja que te mire, Isaac... estás hermoso en tu ternura... ¿Cómo no he de amar esa muestra viva de poesía gótica que he tenido la suerte increíble de descubrir en medio del siglo XIX? ¿Con que no he de amar al esqueleto de alquimista que se mueve ante mi vista atónita, y que me trasporta de repente en medio del mundo fantástico de la edad media? A cada instante se me figura que por esa puertecilla misteriosa va á salir una mujer vestida á la oriental, con trenzas negras recargadas de oro, tu hija, judío, ó tu cautiva, brujo infame. No solo te amo, Isaac, sino que te adoro. Y además, ¿qué te importa? Supongo no piensas hacerme creer que late un corazón bajo tu bata.

ZAFARA.

Hijo mio, la carne es carne, y tú me has salvado la vida. No me faltaba mucho para morir ahogado cuando me sacaste del Danubio.

MAURICIO.

No me lo agradezcas. Con una intencion que ignoro nadabas cabeza abajo, y no pude reconocerte; en otro caso habria consultado á una persona de peso antes de proceder á salvarte. Isaac, si en el curso de mi juventud he cometido una accion de una moralidad equivocada, ha sido esa. A veces experimenté como un remordimiento, y no te aconsejo que te pares nunca en mi compañía á la orilla del rio.

ZAFARA.

Mucha alegría tenemos esta noche, amiguito... Pero ¿qué idea te has formado de mí, picaruelo?

MAURICIO.

No te atreverás á negar que eres un hombre aborrecible.

ZAFARA.

Hijo mio, siempre he respetado la ley. ¿A quién he hecho daño en el mundo?

MAURICIO.

¿Y á quién has hecho bien, vaso de iniquidad, y quién podria hacer mas daño que tú si quisieras? Posees montones de oro, y jamás un óbolo pasó de tu mano á la de un infeliz; estás cargado de años y de experiencia, y nunca un buen consejo salió de tu boca; nunca has derramado en un alma doliente mas que la amargura de la duda. Eres un químico muy sabio, y nunca has aliviado ningun dolor. Si hallas un remedio para los males de la humanidad, le disimulas; no aplicas tu ciencia sino á los descubrimientos mas infames: filtros espantosos, venenos sutiles, sustancias destructoras de toda clase, esas son tus conquistas. Has recibido todos los dones y todos los empleos para el mal. Eres un tunante. Si no temieras la justicia de los hombres, ya habrias hecho que Viena saltara, y el dia de tu muerte te afirmo que me divertiré mucho.

ZAFARA, paseándose con desesperacion por el cuarto.

¡Dios de Abraham! ¡Dios de Jacob! ¡Pagar así mi ternura! ¡El único afecto de mi vida!... Tratar así á un anciano que siempre ha respetado la ley escrupulosamente. Un pobre anciano que cumplirá un siglo por la Pascua próxima.

MAURICIO.

No me desagrada que me tengas algun cariño; yo seré tu expiación. Hay un Dios, Zafara, aunque tú me hayas hecho dudar de su existencia muchas veces; pues no puedo adivinar porqué te ha creado ni para qué sirves en el mundo, sino es para distraerme cuando salgo de mi oficina. Cálmate, dame un cigarro, y luego me dirás la verdad acerca del planeta descubierto por Leverrier, pues no sé á qué atenerme en la materia.

ZAFARA.

Te perdono, malvada criatura... ¡Me gusta tanto verte contento!... ¿Has comido en casa de Metternich?

MAURICIO.

No; pero me ha sucedido un lance encantador en una iglesia, y me felicito al ver confirmada diariamente por la experiencia la verdad de mi sistema. Ya sabes que despues de haberme aburrido mucho, noté últimamente que el enojo era achaque de perezosos y de necios.

ZAFARA.

¿Y sobre eso has edificado un sistema?

MAURICIO.

Un sistema que consiste especialmente en no pedir peras al olmo. Cada cual debe someterse con sencillez á su propia naturaleza. La primera ley de la vida humana es el trabajo y me he puesto á trabajar. Ahora quedan los ocios, y yo sostengo que la sensibilidad y la imaginacion por vivas que sean pueden hallar una fuente abundante de emociones y alegrías, primero en la contemplacion de la obra de Dios, y despues en las casualidades maravillosas, en las combinaciones infinitas que presenta el movimiento de la vida social en torno nuestro. En cada zarza hay un ídolo; en la esquina de cada calle hay un poema ó una novela.

ZAFARA.

El espíritu puede contentarse con eso; pero ¿y el corazón?

MAURICIO.

¿Qué entiendes tú por el corazón? ¿Hablas de las pasiones facticias que se producen en la ociosidad social?

ZAFARA.

Hablo de las mujeres, amiguito.

MAURICIO.

Sobre este punto he descubierto tambien que en la mente de Dios solo dos mujeres deben encontrarse mezcladas en la vida de cada hombre para labrar su felicidad.

ZAFARA.

¿Y son?

MAURICIO.

Su madre y la madre de sus hijos. Fuera de estos dos amores legítimos, entre estas dos criaturas sagradas no hay mas que vanas agitaciones, ilusiones dolorosas y ridiculas.

ZAFARA.

Ideas vanas; apostaría á que no te hallas tan exento como crees de esas ilusiones.

MAURICIO.

Os juro, viejo criminal, que solo estoy asido á ellas por un hilo, y que este se romperá, pues empleo toda mi fuerza para lograrlo.

ZAFARA.

¿Ese hilo es un amor?

MAURICIO.

No por cierto, es un odio. (*Llaman á la puerta.*)

ZAFARA, entreabriendo el ventanillo.

Todo esto es bien extraño.

MAURICIO, mirando por encima del hombro de Zafara.

¡Una mujer!... ¡Cielos!... ¡Mi vision de la iglesia de San Estéban!... ¿La conoces?

ZAFARA.

Sí.

MAURICIO.

¿A pesar de su velo?

ZAFARA.

La reconozco perfectamente; ¿hay en Viena dos mujeres como ella? Es la Magdalena del teatro Imperial.

MAURICIO.

¡Magdalena!

ZAFARA.

¿Qué es eso?... ¿Te sonrojas, mi querido Benjamin?... ¿Quieres recibirla en mi lugar, hijo mio?

MAURICIO.

Calla y olvida que estoy aquí. (*Entra en un gabinete. Zafara abre la puerta á Magdalena.*)

ISAAC, MAGDALENA.

MAGDALENA.

¿Isaac Zafara?

ZAFARA, con galantería.

Servidor, hermosa señora. Es el anciano que tiene el honor de hallarse en vuestra presencia, y que os pide le disimuleis su traje de gabinete.

MAGDALENA.

Al contrario, me gusta mucho ese traje, porque os da la apariencia de un noble cuya amistad he deseado y deseo.

ZAFARA.

¡Un noble!... sí, un viejo noble de alta cuna... entiendo, hermosa jóven... y para seguir la broma añadiré que me creo pariente suyo.

MAGDALENA.

Ignorando el domicilio de vuestro pariente, me perdonareis que me haya presentado en vuestra casa.

ZAFARA.

¡Oh! no acepto la palabra... ¡perdonar es demasiado!... ¡Una tierna palmera en el huerto de un viudo! ¡una fuente viva en el desierto!... ¡una llama en un hogar lleno de cenizas!... ¿Porqué soy tan pobre?... Cada minuto de tu amable presencia te seria pagado en perlas finas. Siéntate en ese banquillo, el único que no he debido quemar forzosamente.

MAGDALENA, sentándose.

Gracias, generoso viejo. Por lo demás yo soy quien ha de pagaros vuestros preciosos instantes. Decidme: sois físico y necromántico, de modo que vendereis productos químicos y sabreis decir la buenaventura.

ZAFARA.

Hija mia, no sé mas que dar consejos; la magia es un oficio reprobado por la ley y la razon.

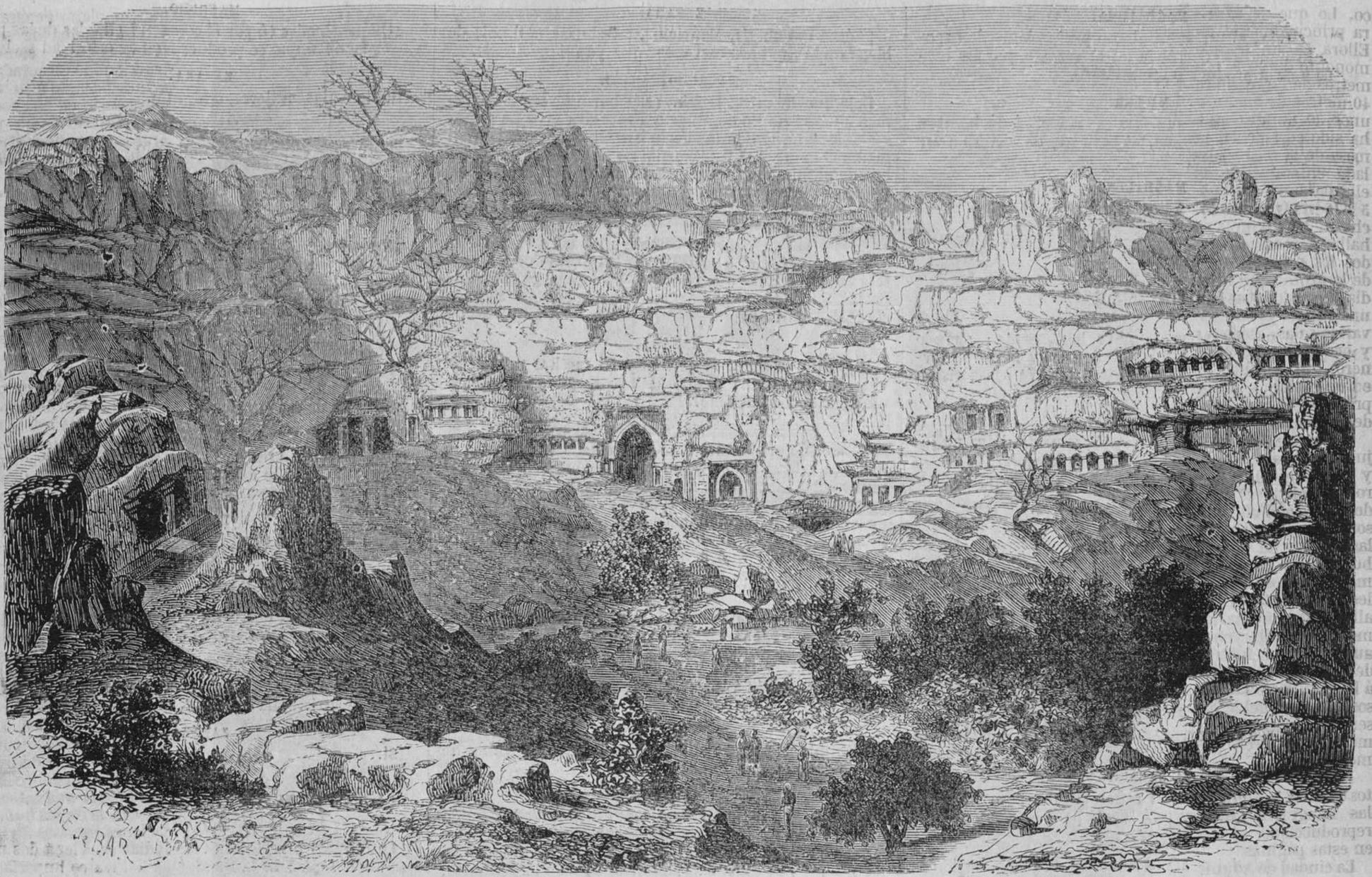
MAGDALENA.

En hora buena... (*Alzando la vista al armario.*) ¿Son dos calaveras?

ZAFARA.

Sí, de dos antiguos amigos míos.

(*Se continuará.*)



Vista general de los templos abiertos en la roca cerca de Adjunta.

**La India.**

ADJUNTA. — ADMIR. — BENARES.

Adjunta es una ciudad muy antigua situada á unos

23 kilómetros N. O. de Aurungabad, en la provincia de este nombre. El país en donde se halla es un territorio muy quebrado, y su posición era ya fuerte sin las murallas que luego levantaron.

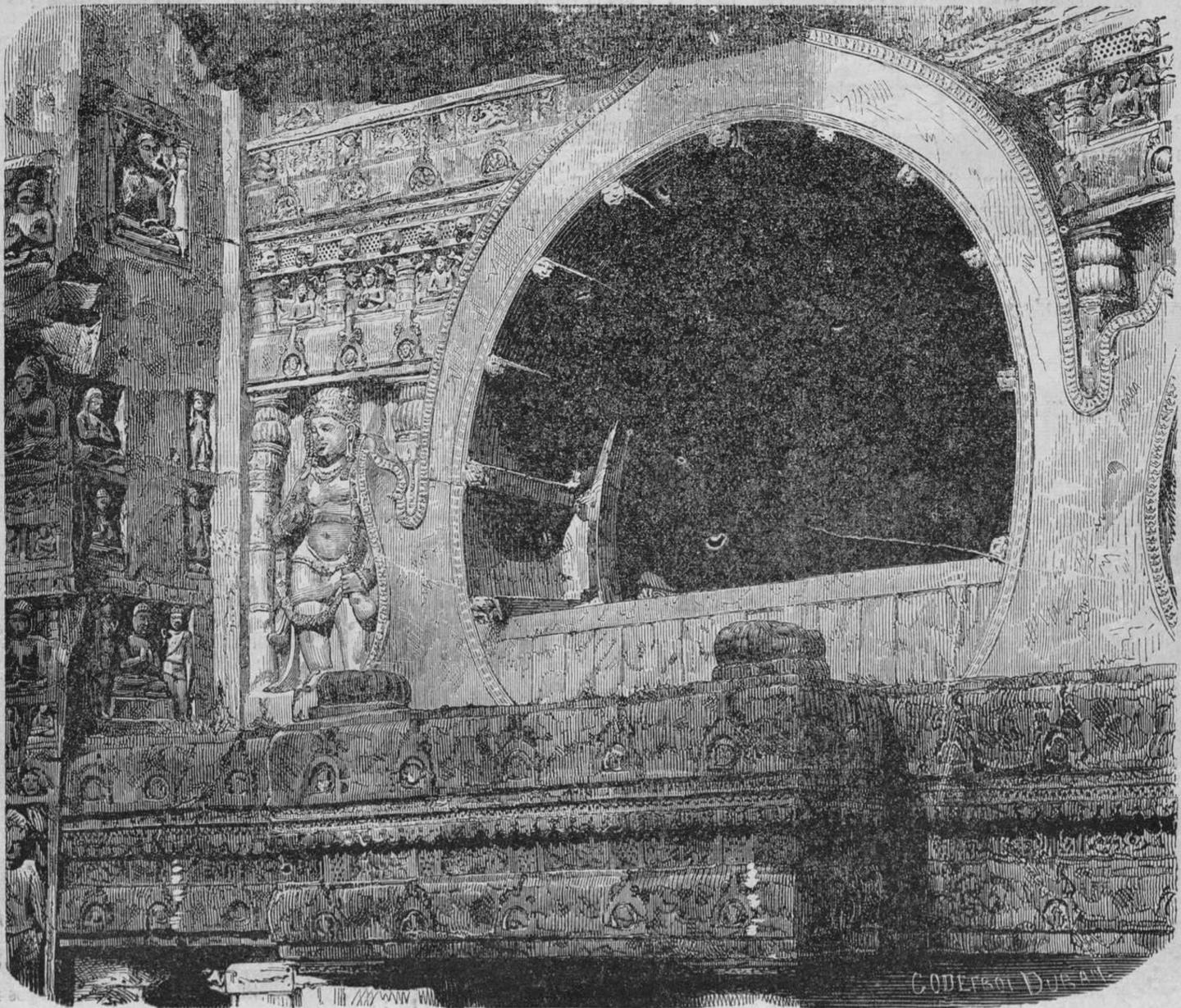
Todo ese recinto así como la ciudad misma, está en ruinas. Se llega por un camino escarpado y encajonado que pasa luego una puerta, último vestigio de las fortificaciones que hacían de Adjunta una de las plazas más importantes del Deccan. A cinco ó seis kilómetros S. O. de la ciudad se encuentran las grutas de Adjunta en un valle estrecho y profundo de treinta á cuarenta metros, que forma por ese sitio una herradura. Las grutas están cortadas en la pared casi vertical del valle, en el centro de la parte cóncava que mira al Mediodía.

Se ven allí muchas excavaciones consagradas á las diversas divinidades del culto indio. Estos templos aunque abandonados hace ya mucho tiempo, son objeto en el día

como siempre, de muchas peregrinaciones. Su construcción data de un tiempo muy remoto, si bien con certidumbre no puede fijarse, pues las conjeturas que se han hecho varían entre sí de algunos siglos.

Muchas de estas excavaciones no son más que unos pequeños santuarios; otras tienen la dimensión de un templo grande, y algunas están adornadas con esculturas que atestiguan á qué punto de perfección había llegado el arte entre los indios en aquellas épocas remotas. El interior solo contiene un zócalo de piedra coronado con una especie de huevo colosal que parece ser el emblema de la Divinidad. Todo está practicado en la masa de la roca. Los muros han conservado restos de pintura en los cuales se ven fragmentos casi intactos. Desgraciadamente el barniz en donde estaban aplicados los colores se ha caído en muchos sitios de las paredes de la gruta; pero lo que queda basta para dar una idea muy alta del arte de la pintura en la India en los siglos en que se abrieron las grutas de que tratamos.

Su estilo difiere completamente del de las pinturas egipcias, y se acerca más bien al de la escuela italiana. Bajo el punto de vista del arte, esas grutas son más interesantes que las de Ellora, que sin embargo tienen más nombradía; son en efecto mucho más grandes, pero también todo su trabajo es más tos-



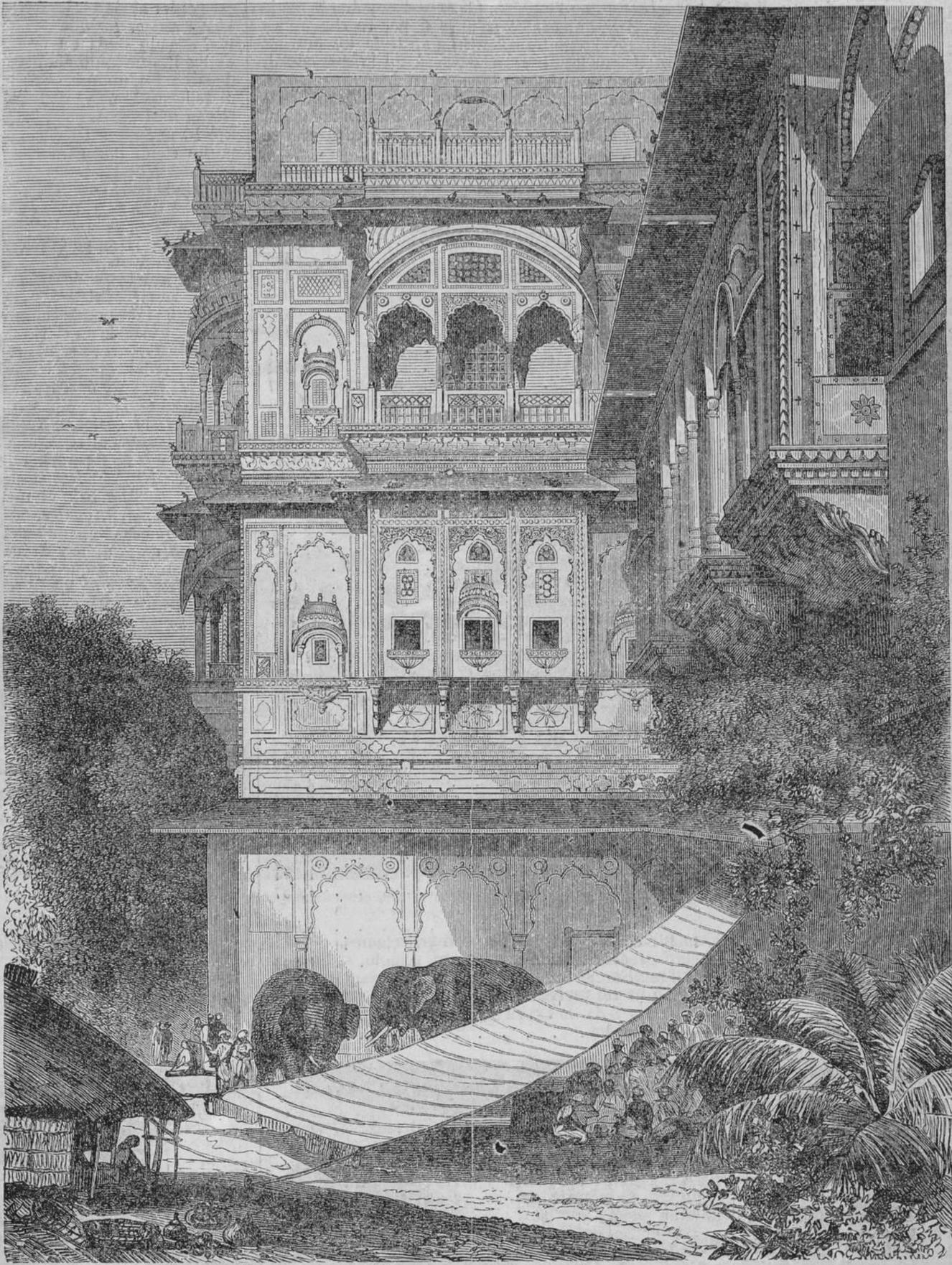
Esculturas á la entrada de uno de los templos abiertos en la roca cerca de Adjunta.

co. Lo que se admira principalmente en Ellora es un templo monolito de 90 á 100 metros de largo sobre 40 metros de ancho y unos 30 de alto, que ha sido cortado en la masa de la roca y aislado enteramente de ella por un pasaje de 3 á 6 metros de anchura. Este templo se halla adornado con todos los refinamientos de la arquitectura india. Tiene dos pisos con una cúpula y contiene varias salas, escaleras y ornatos de todo género con profusion; en una palabra, es un prodigio de trabajo y de paciencia.

Las grutas de Adijunta son mas sencillas y mas pequeñas; pero su trabajo es mas delicado, sus adornos son de mejor gusto, y las figuras de un dibujo y un modelado mas perfectos. La soledad y el silencio que allí reinan ordinariamente, contribuyen á aumentar el interés del espectáculo y traen á la memoria los sucesos de que debieron ser teatro esos monumentos de siglos remotos.

Debemos estos cortos detalles al autor de las fotografías cuyas reproducciones se ven en estas páginas.

La ciudad de Adimir es igualmente muy antigua. Edificada en el centro de una llanura vasta y fértil, á orillas de un hermoso lago, capital de un estado rico y poderoso, todo contribuía á colocarla entre las poblaciones mas importantes de la India. A pesar de la decadencia del país de que es capital, conserva todavía muchas señales de su antiguo esplendor. La casa de un banquero rico que puede verse en nuestros dibujos, es una muestra digna de señalarse; no se puede ver nada mas elegante



Casa de un banquero rico en Adimir.

que su plano general y los ornatos de su fachada. Esta construcción fué levantada á fines del siglo último empleando en ella ese estilo mixto indio y árabe que reina en todo Bengala. La ogiva rebajada y la decoración de los compartimientos pertenecen á la arte árabe, en tanto que las techumbres son puramente india. —Esta combinación de los dos estilos ha producido casi por todas partes monumentos de una rara elegancia.

Todo lo alto de esta casa exteriormente se halla cubierto de palomas sagradas que son alimentadas por el público y respetadas por todo el mundo. Se encuentran á millares en las ciudades del Radjputana, lo que da á las poblaciones un aspecto bastante característico.

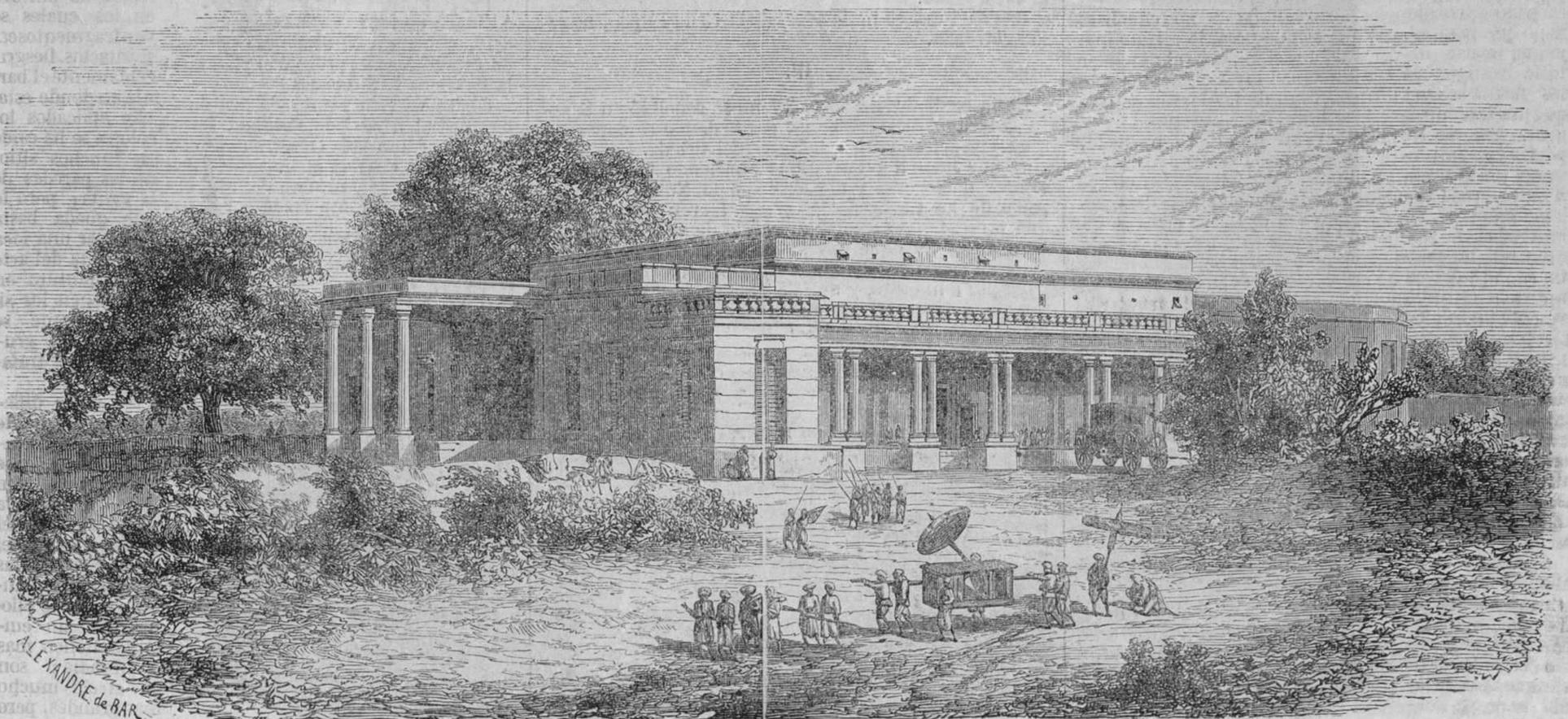
Los arquitectos ingleses aunque se inspiran en las fuentes clásicas, no brillan al lado de los artistas indios. Nada mas frío que esas construcciones griegas diseminadas en el territorio de Bengala. El palacio inglés construido primitivamente para centro del Banco de Benares, es una muestra exacta de las habitaciones inglesas en la India. B.

**El archivo de Simancas.**

EXTRACTO DE UNA MEMORIA SOBRE ESTE ARCHIVO DEPOSITO, PRESENTADA AL SEÑOR MINISTRO DE FOMENTO.

**I.**

A dos leguas de Valladolid el pintoresco Pisuerga, no lejos de su confluencia con el Duero, baña los pies de una colina, por cuya pendiente se extienden algunas casas humildes, y mas que humildes antiguas, que



Un palacio inglés en Benares.

ALEXANDRE de BAR.

forman la villa de Simancas. Este título de villa que tenía en la edad media, y conserva aun en la actualidad una población que cuenta escasamente trescientos vecinos, es una prueba de que tuvo en otro tiempo una importancia de que hoy absolutamente carece. En efecto, á su historia se refieren tradiciones muy memorables, entre otras el tan heróico como saugriento sacrificio de las doncellas mártires que se mutilaron horriblemente para esquivar los halazos del rey moro Abderramen, y la célebre batalla dada el día 6 de agosto del año 934, en que Ramiro II, poseído súbitamente de un entusiasmo á que parecía poco acostumbrado, se jugó resueltamente contra los sarracenos el todo por el todo. La historia nos dice que los simanquines se cubrieron de gloria en aquella feliz y trascendental jornada.

Aumentaba la influencia de la villa de Simancas, no solo la circunstancia de ser plaza fronteriza del reino de Leon y Castilla, sino que también su posición topográfica que, haciéndola dueña de todo el país circunstante, le deparó la ocasión de distinguirse en los obstinados sitios que sufrió en el trascurso de mas de tres siglos, y el papel casi de protagonista que desempeñó en la famosa lucha de las comunidades de Castilla.

En lo mas culminante de la colina se eleva un castillo almenado, de severo aspecto, que los reyes católicos lo reunieron al dominio de la corona, previa indemnización á sus propietarios, que lo eran el siglo XV los almirantes de Castilla. Esta fortaleza es casi tan antigua como la población que domina, y se halla perfectamente conservada. Amurallada sólidamente y cercada de dobles fosos, se penetra en su interior por dos puentes que fueron en otro tiempo levadizos, de los cuales el uno mira al Oriente y el otro al Occidente, estribando hoy cada uno de ellos en un arco de excelente construcción. Por el que mira á Poniente se llega á una entrada arqueada también, que tiene encima esculpidas las armas reales, con dos cubos á los lados que parecen sus centinelas inmóviles y permanentes. Análoga arquitectura ofrece la entrada en que termina el puente que mira á Levante, y que fué construida en tiempo de Carlos II. Este castillo ó fortaleza antigua tiene tradiciones propias, á mas de las que se refieren á la villa. Convertido en prisión de Estado, en sus gruesas paredes se han estrellado gemidos muy dolorosos. En él mandó encerrar Fernando el Católico, el 20 de julio de 1515, á Antonio Agustín, vice-canciller de Aragón, que se atrevió á declarar el amor que devoraba su alma á la reina Germana de Foix; en él el célebre don Antonio de Acuña, obispo de Zamora, que tan activa parte tomó en la lucha de los comuneros, sufrió por orden de Carlos V la muerte á que le hizo acreedor la muy alevosa que él dió al alcaide de la fortaleza; en él exhaló sus vanas quejas el señor de Montigny, el desgraciado Floris de Montmorency, cuando resolvió Felipe II hacerle morir secretamente. La torre en que permaneció preso se llama hoy *el cubo del obispo*, por haber estado también encerrado en ella el obispo de Zamora, y en su techo se notan algunas argollas denegridas, restos, segun la tradición, de los instrumentos de tortura que magullaron al desventurado jefe de las comunidades.

La fortaleza de los almirantes de Castilla, destinada después á servir de cárcel de Estado, es hoy el tan famoso archivo de Simancas. Este nuevo objeto á que se la dedicó la metamorfoseó exteriormente muy poco, ó al menos no menoscabó en lo mas mínimo su antigua é imponente fisonomía; pero la modificó interiormente de una manera profunda. El genio del inmortal Herrera se encargó de darle el carácter que correspondía á su nueva aplicación. Tiene muchas piezas y muy capaces, dispuestas de modo que los armarios en que se colocan los papeles están practicados en el mismo espesor de las paredes, lo que tiene la gran-ventaja de no reducir el local, y las estanterías, que son de yeso, lo mismo que los tabiques en que se apoyan, si bien á mi entender exponen demasiado á la humedad los documentos que en ellas descansan, los preservan de las larvas de roedores insectos que se engendran en la madera.

La puerta que mira á Levante está casi condenada, pues solo se abre para dar paso á las remesas de documentos nuevos que solicitan ser depositados en el archivo. La otra puerta, que es la principal, no deja penetrar en el edificio sino después de haber cruzado un contrafoso que ciñe toda la fábrica interior, el cual está cerrado por una verja de hierro de dos hojas que comunica con el interior de un torreón ó cubo embaldosado, cuyas paredes son sumamente gruesas. A la izquierda hay otra puerta de madera, forrada en otro tiempo de cuero, que cierra una galería muy elegante por la esbeltez y atrevimiento de sus arcos, descubriéndose desde ella el patio principal.

En el interior del edificio abundan las inscripciones, siendo notables, una que se lee encima de la puerta del átrio, otra que puso el célebre Berruguete en una piedra que corona las puertas de bronce del *Rotundum* ó patronato real antiguo, y otra que se escribió en conmemoración de la visita que Fernando VII y su esposa Amalia hicieron al archivo en 1828.

## II.

Cuantos datos juzgué necesarios para dar una noticia de la clase y número de legajos que se guardan en el archivo de Simancas, su laborioso secretario ó archivero don Manuel García Gonzalez, á la mas leve de mis indicaciones, me los fué facilitando con una espontaneidad que nunca agradeceré bastante. No pocas debo también á algunos de sus oficiales, muy particularmente

á los señores don Francisco Diaz Sanchez y don Nemesio Ruizdealday, quienes de palabra ó por escrito nunca dejaron sin la contestación que apetecía las muchas preguntas que les dirigí relativas á mi misión oficial.

El archivo se divide en salas, cuya denominación está tomada de la naturaleza de los documentos que contienen. En el siguiente estado constan la numeración, el título y el número de legajos que en cada sala se conservan.

Numeración.	TÍTULO.	Número de legajos.
1	Estado. . . . .	3,839
2	Secretarías provinciales. . . . .	2,374
3	Secretarías provinciales. . . . .	469
4	Registro general del sello. . . . .	444
5	Registro general del sello. . . . .	959
6	Libros generales. . . . .	576
7	Registro general del sello. . . . .	716
8	Registro general del sello. . . . .	1,171
9	Visitas de Italia. . . . .	642
10	Patronato real. . . . .	267
11	Consejo y secretaría de Hacienda. . . . .	3,947
12	Escribanía mayor de rentas. . . . .	1,321
13	Estado. . . . .	3,056
14	Estado. . . . .	1,135
15	Contaduría mayor, 1ª época. . . . .	1,616
16	Contaduría mayor, 2ª época. . . . .	2,720
17	Obras y bosques. . . . .	3,330
18	Cámara de Castilla. . . . .	2,651
19	Pleitos y contaduría del sueldo. . . . .	1,402
20	Real patronato eclesiástico. . . . .	339
21	Pesquisas y averiguaciones. . . . .	662
22	Contaduría mayor, 3ª época. . . . .	4,296
23	Contaduría mayor de cuentas, 4ª época. . . . .	443
24	Contaduría mayor de cuentas, 4ª época. . . . .	691
25	Contaduría mayor de cuentas, 4ª época. . . . .	2,171
26	Contaduría mayor de cuentas, 4ª época. . . . .	913
27	Contadurías generales. . . . .	2,451
28	Contadurías generales. . . . .	2,880
29	Sin papeles. . . . .	
30	Secretaría de Gracia y Justicia. . . . .	714
31	Secretaría de Gracia y Justicia. . . . .	962
32	Guerra y Marina. . . . .	4,159
33	Mar y tierra. . . . .	3,136
34	Guerra y Marina. . . . .	3,387
35	Secretaría de Marina. . . . .	962
36	Dirección general de rentas. . . . .	1,192
37	Dirección general de rentas. . . . .	1,274
38	Dirección general de rentas. . . . .	1,937
39	Dirección general del Tesoro y contaduría general del reino. . . . .	1,543
40	Dirección general del Tesoro y contaduría general del reino. . . . .	1,806
41	Dirección general del Tesoro y contaduría general del reino. . . . .	1,576
—	Contaduría de Cruzada. . . . .	591
—	Inquisición. . . . .	3,937
		74,858

La sala 29 contenía los papeles pertenecientes á la corona de Aragón, y se halla vacía por haberse remitido sus legajos al archivo de Barcelona en 1852, en virtud de real orden.

Hay sin numerar tres salas con los papeles de la dirección general del Tesoro y de la contaduría general del reino, y están sin papeles una contigua á estas, la antigua capilla y su sala inmediata. En el mismo caso se encuentran dos sobre las salas 32 y 33.

En las salas hoy vacías se colocarán los papeles de la extinguida suprema Inquisición, y los de la contaduría de la Cruzada.

Una sala que se halla antes de la 13 de Estado, no está habilitada.

## III.

Hasta mediados del siglo XV no se concibió en España la idea de determinar un punto donde se depositasen los papeles mas importantes del Estado. Puede decirse que Juan II y Enrique IV, haciendo trasladar al alcázar de Segovia y al castillo de la Mota de Medina parte de los títulos de la corona, fueron los primeros que presentaron como una especie de embrión de los establecimientos que hoy se llaman archivos públicos. Estos en cierto modo existían ya, pero de una manera irregular é informe, y aun después del oportuno pensamiento de Juan II, los monasterios, las iglesias, las principales ciudades, los secretarios mismos de los reyes, siguieron siendo los depositarios de los títulos del Estado, los únicos guardadores de los grandes hechos, cuya transmisión forma una de las primeras necesidades de los hombres, que aciertan con dificultad á resignarse á no dejar en la tierra una huella de su paso. Esta aspiración instintiva á la inmortalidad, que por lo mismo que es instintiva es tan antigua como el hombre; esta aspiración que hace depositar en los templos las enseñanzas que condujeron á los soldados á las batallas, produjo los *quippos* de los salvajes, las estatuas, las pirámides, los obeliscos, los monumentos simbólicos en fin, que aun hoy deben ser considerados como los primeros archivos de los pueblos.

Si no hubiese habido en todos tiempos tanto interés de parte de los depositarios del poder en adular los hechos y convertir en fábula la historia, la escritura, atendido el afán que tiene cada generación en hablar á las que le suceden, hubiera multiplicado los archivos de una manera prodigiosa. Son sin embargo bien poco numerosos, porque ha habido un tenaz empeño en de-

jar perder en la noche de los tiempos tradiciones muy importantes. ¿Dónde está el proceso del príncipe Carlos? Era sin duda un proceso escandaloso, puesto que Felipe II, que tanto afán tenía en guardar la memoria de sus actos, no quiso que la mano del historiador pudiese levantar una punta del velo que oculta la misteriosa catástrofe de su hijo. Cabrera, historiador de Felipe II, decía que los documentos relativos á la prisión y muerte de Don Carlos se hallaban en el archivo de Simancas encerrados en una caja que estaba prohibido tocar bajo pena de la vida, y de la cual Felipe II tenía la llave. Esta caja, por orden del general Kellermann, se abrió cuando la invasión francesa, y en lugar del proceso del príncipe Carlos se halló en ella el del ministro Calderon.

Al pensamiento de señalar un lugar para depósito de los papeles del Estado, había de acompañar naturalmente el de nombrar un encargado de su conservación, responsable en cierto modo de su autenticidad. El primero á quien se confió esta misión obtuvo el título de registrador, porque tenía la obligación de registrar todas las cartas y órdenes reales, y por una ley que se encuentra en la recopilación, y que en 1447 la dejaron persistente las cortes de Valladolid y en 1462 las de Toledo, se impuso al registrador la obligación de residir en la corte y no separarse de sus registros.

Los archivos públicos empezaron á tomar una organización regular bajo el memorable reinado de Fernando é Isabel, los cuales, después de haber hecho practicar un reconocimiento escrupuloso de los papeles depositados en Medina y Segovia, dictaron las medidas convenientes para que pasasen á su poder las actas que se hallaban en él de los secretarios que habia habido ó de sus familias. Mandaron que se destinase una pieza del edificio donde residiese la cancellería, á la sazón el primer tribunal de justicia del reino, á la guarda de los privilegios, pragmáticas, escrituras concernientes al Estado, prerrogativas y derechos de la corte; se ocuparon igualmente de los archivos de las ciudades y de los títulos que estaban en poder de los escribanos; dispusieron que todos los corregidores guardasen en un arca con tres cerraduras los papeles y privilegios del consejo de ayuntamiento, y cuyo secretario ó escribano obligaron á tener un libro en que se copiasen todos los privilegios de la ciudad y otro en que constasen las provisiones y cédulas emanadas de la autoridad real; impusieron á todos los escribanos de consejo de todas las ciudades, villas y aldeas el deber de copiar en un gran registro, dentro del término de ciento veinte días, todas las cartas y ordenanzas expedidas durante su reinado á cada localidad, y en otro registro los privilegios y sentencias obtenidas por cada ciudad, villa y aldea después de su advenimiento, y por último, nada omitieron para que se conservasen los procesos ó causas seguidas en las audiencias y tribunales, y en las cancellerías de cámara ó número.

Ya entonces se acarició el proyecto de convertir en depósito de los papeles del Estado la fortaleza de Simancas. El historiador de Jimenez de Cisneros, fray Pedro de Quintanilla y Mendoza, atribuye este pensamiento al célebre cardenal, el cual tuvo sin duda en cuenta la poca distancia que separa Simancas de Valladolid, residencia entonces casi habitual de la corte. Pero la idea no se realizó hasta el año de 1531, bajo el reinado de Carlos V. Este monarca hizo practicar las mayores pesquisas para recobrar los títulos y papeles de la corona que, cuando la insurrección de los comuneros, cayeron en poder de estos, proveyéndose al efecto de una bula del papa, en que se mandaba restituir dichos papeles á cualquiera que los tuviese en su poder y á denunciar su paradero al que tuviese de él conocimiento.

Felipe II, que se hallaba en los Países Bajos, regresó á España en 1559, y resolvió establecer su corte en Madrid, que dista de Simancas cuarenta leguas. A pesar de esta distancia, prohibió el plan de su padre relativo á la fortaleza de Simancas.

Carlos V habia nombrado guarda del archivo de Simancas al licenciado Catalan, relator en su consejo, por real cédula dada en Maestricht el 5 de mayo de 1515.

Sucedió á Catalan el licenciado Bribiesca de Muñatones, del consejo y cámara del rey, el cual pasó al Perú en 1516, y fué reemplazado por el secretario don Diego de Ayala y por el licenciado Sanz, relator en el real consejo, recibiendo las llaves del archivo de manos del presidente de la cancellería de Valladolid el 27 de setiembre del año 1516.

Muerto el licenciado Sanz quedó don Diego de Ayala guarda único del archivo, y desempeñó su cometido de una manera tan satisfactoria, que vió premiados sus servicios en su posteridad, haciéndose en cierto modo hereditario en su familia el cargo de archivero. En 1544, aun era un descendiente suyo, don Hilarion de Ayala, el que tenía á su cargo la custodia del archivo de Simancas. Don Hilarion murió y fué reemplazado por don Manuel García Gonzalez, que es el actual archivero.

Don Diego de Ayala y don Tomás Gonzalez, canónigo de Plasencia, encargado por Fernando VII de restablecer el orden en el archivo de Simancas, son los que han dado pruebas de mayor celo á favor de este importantísimo depósito. El primero debe ser casi considerado como su verdadero fundador. A él se debió el descubrimiento de muchos y muy interesantes papeles, entre ellos algunos antiquísimos que se hallaron en Valladolid dentro de un tonel ó cuba; á él la colocación en distintas piezas de los papeles correspondientes á cada corporación ó tribunal; á él también el arreglo de los legajos por orden de fechas y materias.

(Se concluirá.)

A. REOT.

## Revista de la moda.

SUMARIO. — Presentaciones en la corte. — Trajes oficiales. — El primer baile de Tullerías. — Prendido de S. M. la emperatriz Eugenia. — La señora condesa de Morny vestida de niña. — Otros prendidos de corte. — Dos vestidos regios. — Muebles de terciopelo negro bordados de oro y plata ofrecidos á la princesa Matilde por la emperatriz. — Manteletas á la orden del día. — Vestidos de baile. — La tarlatana ilustrada. — Un fichu Zamballe con capuchon de encaje. — Importancia del tocado. — Cuatro tocados de capricho. — El tocado Isabey. — El tocado Reina Topacio; el tocado Gran duquesa Alejandra, y el tocado á la española. — Descripción del figurin que representa prendidos de baile.

Ahora que han tenido lugar las presentaciones en la corte, los principales salones de París han abierto sus puertas. En Tullerías se dió el ejemplo. Voy á describir algunos prendidos del baile de Tullerías, y principiaré por describir los trajes de corte. El manto de corte es un verdadero escollo para la mujer que no es elegante y que no sabe andar con gracia; la señora que tiene este defecto se enreda los piés en los pliegues de su vestido y de su manto de corte.

Entre los prendidos de corte que se me han quedado en la memoria, citaré los siguientes:

La señora condesa de Brigodes llevaba un traje tan sencillo que todo el mundo extrañó verla. Era un vestido de raso blanco sin ornato ninguno, y un manto de raso blanco afollado de tul ilusión con serpentinas de cinta de raso blanco cruzando por el tul. No llevaba ni plumas ni flores, pero sí muchos diamantes en el pelo.

La señora condesa de Barek llevaba un manto de terciopelo imperial color de naranja con adornos de blonda y triples vueltos de tul formando draperías sobre el manto. El vestido era de tul vaporoso con quillas de florecillas. El cuerpo, ó mejor dicho, los dos cuerpos se acordaban perfectamente con la falda de tul y con el manto anaranjado. El primer cuerpo de tul iba cubierto con otro cuerpo de color de naranja abierto sobre el pecho á fin de reunirse con el manto de corte. Las mangas parecían dos sombrerillos de serrano, lo que era muy original y caprichoso.

La señora de Barek, una dama lindísima, de ojos azules y de cabellos de terciopelo negro, estaba encantadora con ese prendido de pura fantasía.

La generala Ulrich llevaba un manto de raso blanco guarnecido con una ruche de raso blanco con adornos de tul ilusión. Sobre la ruche un espléndido volante de punto de Inglaterra iba levantado por ondas de tul y adornado con tres ruches de tul orladas de raso.

El vestido llevaba quillas de flores y frutos de oro.

La condesa Ivon lucía un vestido de tul blanco, en cuya orla se veía una ruche de raso blanco con musgo de tul en medio, á la punta de un volante ilustrado con columnillas, ruches de raso blanco y afollados de tul. Sobre lo alto de este volante ondeaban ruches de tul orladas de raso con verdura, y luego unos festones de follaje corrían por los afollados de tul. El efecto de este vestido era extraordinario. Recordaba los trajes de las niñas de las fiestas de Versalles y de Trianon.

El manto de corte era de raso blanco y llevaba muchas guarniciones de punto de Venecia escalonadas con fuelles de tul entre cada guarnición.

La marquesa de Esepnil tenía un manto de corte de lampas acolchado azul de China, ilustrado de medallones de bordado blanco satinado. Al rededor del manto se veían anchos medallones de raso blanco rodeados de pluma blanca y azul. El vestido era de tul y se componía de siete faldas, sobre cada una de las cuales había una ruche de pluma. El tocado era de diamantes y de plumas.

Estos prendidos ricos y lujosos representaban dignamente el gusto y la reputación de la Francia.

El baile de Tullerías ofreció igualmente una gran variedad de trajes nuevos.

La emperatriz Eugenia, aunque algo indispuerta, sabía disimular la fatiga que experimentaba, con la mayor gracia. Llevaba un vestido blanco de tul ilusión adornado con anchas quillas de terciopelo color de cereza y cuerpo de terciopelo cereza. Su hermosa cabeza y sus blancos hombros estaban envueltos en una gasa transparente. Así el célebre Isabey poetizaba sus adorables miniaturas. Por tocado lucía una diadema de camafeos rodeados de brillantes.

La señora condesa de Morny asistía á este primer baile de Tullerías con un prendido blanco de joven coqueta.

La señora de A... había adornado con flores de granado su pelo negro; es su flor favorita.

Una americana notabilísima llevaba un vestido de encaje realzado con ramilletes de camelias. Al rededor del cuerpo guarnecido de encaje llevaba una guirnalda de camelias en forma de cordon imperial, y en medio de todas las camelias resplandecían estrellas de brillantes. Un tocado análogo completaba este prendido de un gusto exquisito y aristocrático.

El emperador abrió el baile con la señora del embajador de Inglaterra.

Ya que hablo de modas de corte voy á describir los dos prendidos regios que figurarán en las bodas de la princesa de Inglaterra. El traje de S. M. la reina Victoria se compondrá de un vestido color de melocoton de muaré antiguo guarnecido de encajes con cola de terciopelo. Los encajes de este vestido son los mismos que llevó la reina el día de su casamiento.

La augusta novia llevará un rico vestido blanco de muaré antiguo guarnecido de guipure; el velo de encaje estará prendido de un modo enteramente nuevo con alliteras de estilo morisco. Ambas prendas son de un gusto inimitable, y llevan por emblema la rosa, el trebol y el cardo. Este hermoso trabajo es debido á la inspiración de S. M. la reina. Cincuenta jóvenes se han ocupado en él durante un año.

El sombrero de boda que llevará S. A. R. al salir del palacio de Buckingham para marchar á Windsor, será de tul blanco guarnecido de encajes y de ramitas de naranja.

Como últimas noticias de la corte diré que S. M. la emperatriz Eugenia ha ofrecido por aguinados á S. A. I. la princesa Matilde un bonito mueble de gabinete de terciopelo negro bordado de oro y plata. La tapicería, las cortinas, las tapas de los sofás, de las sillas y de las mesas son también de terciopelo negro con hojas de parra de seda verde.

Ahora hablaremos de las modas del día.

¿Qué hay de nuevo? — Manteletas, vestidos de baile, tocados y flores. — Veamos las manteletas.

— Una esclavina á la antigua de raso negro con pliegues huecos y acanalados, anchas mangas y capuchon de encaje. Esta esclavina es una prenda preciosa que sienta divinamente á las viejas de veinte años.

— Una basquiña Emperatriz de terciopelo negro forrada de raso blanco con anchas mangas abiertas y adornadas con un rizado de raso blanco. No puede darse nada más sencillo y gracioso.

— Un albornoz de casimir blanco con orla de terciopelo escocés, capuchon de punta y borlas. Este albornoz árabe en su corte se lleva caído sobre el hombro, y está muy á la moda para salir de la Opera Italiana.

Una salida de baile, llamada Trovador, de plumon de cisne color de rosa con manchas blancas y capuchon puntiagudo.

Pasemos ahora á los trajes de baile.

La tarlatana se lleva los honores de la moda; hé aquí algunos vestidos nuevos que se llaman de tarlatana ilustrada.

Primeramente para joven un vestido de tarlatana blanca con doble falda y quillas á los lados de hojas de rosa de tarlatana estampada, formando relieve sobre la tarlatana blanca. De distancia en distancia sobre ambas faldas se ve una lluvia de hojas de rosa.

— Otro vestido también para joven de tul blanco con doble falda y rizados de tarlatana blanca fruncidos en un clavel de seda blanca mate.

— Otro vestido de tul blanco con doble falda ricamente bordado al pasado con una galería de follaje imitando la blonda. Sobre las dos faldas de tul se ven unas gruesas rosas de tarlatana boton de oro alternando con hojas de tarlatana blanca.

No todas las rosas de tarlatana han de llevar boton de oro, sino que puede ser azul, color de rosa, cereza ó malva.

— Otro vestido de joven, y es el último: es de tafetan blanco, bordado y con siete volantes pequeños de tarlatana blanca con orla de tul. A la altura de este volante viene á caer una segunda falda de tarlatana terminada por un grueso afollado de tul por el que pasa una cinta azul que remata en lazo. Sobre esta segunda falda se ve una pequeña túnica de tafetan azul. El cuerpo del mismo tafetan con fichu de tarlatana, de tul y de cinta azul.

Reservaba para lo último un fichu Zamballe con capuchon de encaje de Chantilly. El capuchon envuelve la cabeza al mismo tiempo que el fichu sirve de ornato á un cuerpo liso. Nada puede imaginarse más elegante ni digno de una mujer hermosa.

En esto de los tocados se conoce al punto el gusto de una señora. El jueves último fui á un salón aristocrático y hallé dos damas muy lindas con tocados extravagantes. Eran como unos sombreritos serranos de terciopelo escocés que las hacían tan feas que asustaban. Si en su lugar hubiera yo podido ponerles un tocado Isabey, ¿qué pronto habrían cambiado!

El tocado Isabey es una creación de Alejandrina, una mubequilla de encaje que trataré de describir lo mejor que pueda.

Figúrense mis amables lectoras unas ondas de tul afollado bordadas de perlas de oro con adorno y lazos de terciopelo azul de China. Dos bandas de tul ilusión completan este tocado. Una de ellas se pasa por la garganta, ó bien se reúnen las dos en medio del pecho con un broche de diamantes ó una rosa.

Hé aquí ahora otros tres tocados de Alejandrina, bien dignos todos de su afamada casa.

— Un tocado Reina Topacio, de terciopelo negro con cuentas encarnadas y pequeñas medias lunas de oro: son unas bandeletas de terciopelo negro que se agitan graciosamente.

— Otro Gran Duquesa Alejandra compuesto de una pluma blanca que parte en diadema de lo alto de la cabeza, y cae sobre el hombro en cascada vaporosa, en tanto que por el otro lado se dibuja un cordon de terciopelo azul de China con puntas flotantes. Por detrás lazo de terciopelo azul.

— Otro á la española representando dos afollados de tul espíritu negro, ilustrados de perlas de oro con bandeletas de terciopelo negro. Por un lado se ve una gruesa rosa purpúrina entre las ondas del tul, y por el otro un ramillete de rosas purpúricas y variadas con follaje.

Termino con la descripción de nuestro figurin que representa prendidos de baile copiados en los salones de Tullerías.

El primero se compone de un vestido de muaré antiguo verde Azoff con quillas de terciopelo escocés á cada lado de la falda. En los contornos se ve un flequillo escocés. Sobre el cuerpo van iguales quillas que parten de las de la falda y que forman tirantes sobre los hombros. Las mangas cortas van adornadas con bandas de terciopelo escocés. Aderezo completo de coral. Zapatos de muaré antiguo verde con tacones de muaré antiguo y lazo de blonda.

El segundo traje es también de muaré antiguo hoja de rosa con tres volantes, ó mas bien tres faldas sobrepuestas. Los dos primeros volantes llevan afollados de tul color de rosa y un fleco de pluma del mismo color. El último volante tiene una orla de tul afollado. El cuerpo lleva draperías de tul rosa terminadas por una franja de pluma. Tocado y ramillete de cintura de hortensias color de rosa. Aderezo de diamantes, perlas finas y topacios. Ramillete de camelias naturales.

El tercer vestido es de gasa azul celeste, y se compone de seis faldas de gasa sobrepuestas. Las tres últimas llevan quillas de flores de un color adecuado. Cuerpo guarnecido de draperías de gasa y de un cordon de florecillas que orla los hombros. Tocado de iguales flores. Albornoz de cachemira blanco forrado de raso azul, con capuchon puntiagudo adornado con largas borlas color azul y blanco. Zapatos de tafetan azul con tacones de tafetan y lazo de blonda.

El cuarto traje es de muaré antiguo color de paja con quillas de punto de Venecia y lazos de raso paja sobre las quillas á cada lado de la falda. Cuerpo de punta escotado con doble bata de encaje de Venecia. En la cabeza un peñecillo lujoso de oro y pedrerías.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

## El general Havelock.

El ejército inglés acaba de experimentar una pérdida sensible con el fallecimiento del general sir Enrique Havelock, ocurrido de una disentería el 23 de noviembre último.

El mayor general Enrique Havelock, caballero de la orden del Baño, nació en Bishopwearmouth en 1795, y fué educado en Charter-house. En 1813, á causa de algunos reveses de fortuna, Ingress Park, propiedad que su padre poseía en Kent, fué vendida al gobierno, y Havelock entró en el colegio de legistas de Middle Temple y asistió á los discursos de Chitty, el eminente abogado, cuyo íntimo asociado era el difunto sir Tomás Talfoard, autor de «Ion.» El hermano mayor de Havelock se habia distinguido en la guerra de la Península y en Waterloo, y el joven Enrique, cediendo á las propensiones militares de su familia hizo los esfuerzos necesarios para obtener un real despacho. Un mes despues de la batalla de Waterloo fué nombrado subteniente de la brigada de los Rifles (el 93) donde su educación militar fué perfeccionada por el capitán (despues sir) Harry Smith, el vencedor de Alival.

Havelock sirvió ocho años en Inglaterra, Escocia ó Irlanda, y habiendo pasado despues al 13 de infantería ligera se embarcó para la India en 1823. El año siguiente estalló la primera guerra burmesa, y Havelock fué nombrado diputado-asistente-ayudante-general, y se encontró en las acciones de Napadee, Patanagoh y Paghán. A la conclusión de la guerra fué asociado al capitán Lutensden y al Dr. Knox nombrados para desempeñar una misión en la corte de Ava, y obtuvo una audiencia del «Pié de oro» despues de firmado el tratado de Yandabao.

En 1827 publicó la historia de las campañas de Ava, y el mismo año fué nombrado ayudante del depósito militar establecido en Chinsurah por lord Combermere. Habiéndose disuelto este depósito, Havelock se incorporó á su cuerpo. Posteriormente visitó Calcuta, y habiendo estudiado varios idiomas en el colegio, fué nombrado ayudante de su regimiento por lord William Bentinck.

En 1838 se le dió el mando de una compañía despues de haber servido 22 años en clase de subalterno. Organizóse en este año un ejército para efectuar la invasión del Affghanistan, y Havelock fue con él formando parte del estado mayor de sir Willoughby Cotton. Hizo la primera campaña del Affghanistan, y se halló en el asalto de Ghurnee y en la ocupación de Cabul, regresando despues á la India con sir Willoughby Cotton. Habiendo obtenido permiso para visitar la presidencia, escribió una «Memoria de la campaña del Affghanistan» que se imprimió despues en Lóndres. Volvió á Punjab mandando un destacamento, y pasó al estado mayor del general Elphinstone como intérprete persa. Cuando ocurrió la sublevación de los Ghilzias del Este, que bloquearon Cabul, Havelock recibió orden de ir á llamar á sir Robert Sale, que regresaba entonces á la India, y se encontró en la acción empeñada para forzar el paso del Khoord Cabul, en la de Tezehen y en todos los demás encuentros que tuvo esta fuerza hasta llegar á Jellalabad.

En el último ataque contra Mahomed Akbar, en abril de 1842, que obligó á este jefe á levantar el sitio, Havelock mandaba la columna de la derecha, y derrotó al enemigo antes que las otras columnas tuviesen tiempo de llegar al teatro de la acción. A consecuencia de este hecho de armas recibió el grado de mayor y fué hecho caballero de la orden del Baño. Nombrado entonces intérprete persa del general Pollock, concurrió á la acción de Mamoo Keil, y á la segunda batalla de Tezehen. Despues siguió con la fuerza de M. Caskill al Kohistan, y tomó una parte muy activa en el brillante hecho de armas de Istaliff. El año siguiente se le agració con la mayoría de un regimiento, y fué nombrado intérprete persa bajo las órdenes del general en jefe, sir Hugo Gough. A fines de 1843 formó parte del ejército que marchó á Gwalior y se encontró en la batalla de Maharajpore. En 1844 recibió el grado de teniente coronel.

En 1845 marchó con el ejército que debía efectuar la invasión de los Sikhs y se distinguió en las batallas de Moodkee, Ferozeshah y Sobraon. En Moodkee le mataron dos caballos en poco tiempo, y en Sobraon una bala de cañon le atravesó el tercer caballo por la mantilla de la silla. A la conclusión de la campaña de Sutlej fué nombrado ayudante general de las tropas de la reina en Bombay.

En la segunda guerra contra los Sikhs, que ocurrió en este tiempo, su hermano mayor, el coronel William Havelock, fué muerto en Ranunuggur. Habiéndose destinado á su regimiento, el 53, al teatro de las operaciones, dejó su puesto en el estado mayor para reunirse con él, y habia llegado ya á Indore cuando recibió una orden para volver á su anterior destino.

Veinte y cinco años de incesantes fatigas empezaron entonces á alterar algun tanto su salud, y los médicos, en 1849, le aconsejaron pasar á Europa un par de años con el objeto de restablecerse. Volvió á Bombay en 1851, y al poco tiempo recibió el grado de coronel, siendo nombrado cuartel maestre general y despues ayudante general de las tropas de la reina en 1851.

India por la influencia de lord Hardinge á cuyo lado habia combatido en las tres batallas de Sutlej. Cuando se envió la expedición á Persia, se le dió el mando de la segunda division y dirigió las tropas en Mohammerah, á pesar de que la gloria de aquella jornada estaba reservada para las fuerzas navales.

Al firmarse la paz regresó á Bombay y se embarcó para Calcuta en el *Erin* en cuyo buque naufragó, en 1857, en la costa de Ceilan. Cinco dias despues obtuvo pasaje en el *Five Queen*, y á su llegada á Calcuta fué enviado inmediatamente á Allahabad como brigadier general, recibiendo el mando de la columna móvil.

Su subsiguiente carrera ha sido tan recientemente objeto de la admiracion pública que solamente tenemos necesidad de recapitular sus principales incidentes. Con la mayor parte de los regimientos 64 y 78 fué el primero en atacar á los rebeldes en Futteypore, el 12 de julio último, y el 13 en Aoung y en Pandoo Nuddee; el 16 los atacó de nuevo en Cawnpore, donde perdió el caballo y tomó á los enemigos 23 cañones. Saliendo de Cawnpore el 29 se apoderó de Oonao y Busseerut Gunge, cogiendo al enemigo 19 cañones. Habiendo tenido que abandonar esta posicion, la volvió á recobrar el 3 de agosto, haciendo una gran carnicería entre los rebeldes. El 12 los batió otra vez, y el 16 los atacó en Bilhoor. A consecuencia de haberse reunido eventualmente sir James Outram, entró en Lucknow el 23 de setiembre y se mantuvo en esta ciudad hasta que la guarnicion fué socorrida por sir Conil Campbell el 17 de noviembre.



El general Havelock.

#### Los patos silvestres de las orillas del Rhin.

Las islas pantanosas del Rhin ofrecen en la estacion de invierno á todas las aves acuáticas un refugio que saben apreciar los cazadores. Los patos silvestres se pa-

ran allí en sus viajes anuales. El macho tiene la cabeza y el cuello de un verde muy oscuro, un collar blanco en el nacimiento del cuello, y las partes superiores cruzadas de rayas muy finas de un pardo ceniciento y de un gris blanquecino; el pecho es color castaño oscuro; lo demás de las partes inferiores es gris blanco, variado de pardo ceniciento; el borde del ala es de un verde violeta con una banda blanca; el pico de un amarillo verdoso, y las patas anaranjadas. La hembra tiene el plumaje variado de pardo sobre un fondo ceniciento.

Esta especie en el estado silvestre es el tipo de las razas que alimentamos en el estado doméstico; habita el norte de ambos continentes, y se halla de paso en casi todas las comarcas de la Europa donde hay rios, lagos ó pantanos.

Los patos silvestres tienen el vuelo muy elevado y nunca caen sin haber dado muchas vueltas en torno del sitio donde quieren ponerse; viven en sociedad y viajan por bandadas numerosas; se estiman mucho por lo sabroso de su carne, pero es difícil matarlos con escopeta porque regularmente parten de lejos, y su grueso plumaje los defiende del plomo amortiguado ya por la distancia. No obstante cuando se han helado los estanques y los pantanos, tienen que retirarse á los

rios y á las aguas vivas, donde los cazadores ponen en uso muchas astucias que promete darnos á conocer el correspondiente á quien debemos el aspecto de los lugares que sirven de refugio á esa interesante caza del invierno.

G. F.



Los patos silvestres en sus refugios de invierno.